

**UNA CIUDAD HABITADA POR LA MEMORIA  
APROXIMACIÓN HERMENÉUTICA A LA CAÍDA DE LOS PUNTOS CARDINALES  
DE LUIS FAYAD**

**JACQUELINE COLMENARES RODRÍGUEZ**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA**

**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES**

**DEPARTAMENTO DE LITERATURA**

**BOGOTÁ, 2009**

**UNA CIUDAD HABITADA POR LA MEMORIA  
APROXIMACIÓN HERMENÉUTICA A LA CAÍDA DE LOS PUNTOS CARDINALES  
DE LUIS FAYAD**

**JACQUELINE COLMENARES RODRÍGUEZ**

**TRABAJO DE GRADO PRESENTADO COMO REQUISITO  
PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
PROFESIONAL EN ESTUDIOS LITERARIOS**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA**

**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES**

**DEPARTAMENTO DE LITERATURA**

**BOGOTÁ, 2009**

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
DEPARTAMENTO DE LITERATURA

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD  
P. JOAQUÍN SÁNCHEZ, S.J.

DECANA ACADÉMICA  
CONSUELO URIBE MALLARINO

DECANO DEL MEDIO UNIVERSITARIO  
P. LUIS ALFONSO CASTELLANOS, S.J.

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA  
CRISTO RAFAEL FIGUEROA

DIRECTOR DE LA CARRERA DE LITERATURA  
JAIME ALEJANDRO RODRÍGUEZ

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO  
CRISTO RAFAEL FIGUEROA

Artículo 23 de la resolución N. 13 de julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al Dogma y a la Moral Católica, y porque las tesis no contenga ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y a justicia”.

## **CONTENIDO**

INTRODUCCIÓN	1
<b>CAPÍTULO I UNA PUERTA QUE SE ABRE</b>	<b>6</b>
1.1 EL TRAYECTO NARRATIVO DE LUIS FAYAD	6
1.2 PRIMEROS ENCUENTROS	9
1.3 CONSTRUCCIÓN DE CIUDAD	13
1.3.1 LITERATURA Y CIUDAD	13
1.3.2 NOVELA URBANA Y NOVELA DE CIUDAD	16
<b>CAPÍTULO II LA MEMORIA Y EL NUEVO MAPA</b>	<b>19</b>
2.1 LA MEMORIA Y EL VIAJE	19
2.2 MEMORIA Y TRANSICIÓN	21
2.3 MEMORIA Y RUPTURA	26
2.3.1 MEMORIA, RUPTURA Y LENGUA	33
2.3.2 MEMORIA, RUPTURA Y CARTAS	37
2.3.3 MEMORIA, RUPTURA, OBJETOS Y COMIDAS	40
<b>CAPÍTULO III DOS CONCIENCIAS Y UN PENSAMIENTO</b>	<b>42</b>
3.1 CONCIENCIA HISTÓRICA	42
3.2 PENSAMIENTO CITADINO	55
3.3 CONCIENCIA DEL LENGUAJE	66
COLOFÓN	71
CONCLUSIÓN	73
BIBLIOGRAFÍA	75

## INTRODUCCIÓN

(...) Desde un punto de vista histórico-cultural y socio-antropológico, abordar la obra narrativa de Luis Fayad (...) significa adentrarse en la problemática de la cultura moderna latinoamericana, cuyos procesos de hibridación generan una “heterogeneidad multitemporal” que superpone, retrasa o desvía los proyectos claves de la Modernidad, los cuales no han operado mediante la sustitución de lo antiguo y lo tradicional, sino a través de un desacuerdo entre modernismo cultural y modernización socioeconómica.

Cristo Rafael Figueroa

Al momento de escribir esta presentación Bogotá, fundada en 1538, ya cumplió 470 años. A lo largo de su existencia, como cualquier otra ciudad, Bogotá ha transformado sus puntos cardinales: unos han ‘caído’, dando paso a otros, trazando un nuevo mapa de la ciudad; el espacio se renueva incesantemente a la par de sus habitantes, tanto de aquellos que se desplazan como de aquellos que son desplazados, luchando por ocupar un lugar, su lugar, y al habitarlo, habitarse.

Este trabajo de grado es un intento por rastrear esas caídas, por recuperar la reconstrucción que de la ciudad hace el escritor Luis Fayad en su novela *La caída de los puntos cardinales* (2000). Es también una afirmación de la importancia de pensar, ver, sentir, leer y escribir la ciudad, pero no sólo la presente, sino la del pasado, y no una detrás de otra, sino simultáneamente porque es este el espacio que habitamos y al que intentamos adaptarnos con su heterogeneidad y su diversidad cultural. Es este ejercicio de comprensión el que nos permite “entender” o acercarnos a Bogotá como una ciudad de múltiples huellas, mapas y culturas, y esa comprensión la que nos enamora de la ciudad y su literatura. La memoria no habita sólo en los libros de historia.

¿Qué nos proponemos, específicamente? Explorar relaciones entre ciudad y literatura en la novela *La caída de los puntos cardinales* de Luis Fayad para, a partir de esa exploración, lograr una re-construcción de ciudad. Es un propósito vasto el que nos motiva y, por lo tanto, este trabajo no es sino un primer acercamiento a esa inquietud dados los alcances propios de un trabajo monográfico.

Esta tarea implica, entre otros ejercicios, hacer una lectura hermenéutica<sup>1</sup> de *La caída de los puntos cardinales* y recorrer la ciudad plasmada en sus páginas para “naturalizarla o domesticarla”, como aconseja Bachelard. Reconocer los vínculos que la novela crea entre la ciudad como espacio físico y la ciudad como espacio psicológico, ver cómo en las dos dimensiones se construye la cosmovisión de la obra, espiar a los personajes mientras se mueven entre la esfera pública y la privada, serán los objetivos principales del recorrido.

Dicho ejercicio partió del *diálogo* entre la obra y el lector. La interpretación de la novela no asume la obra como un *objeto de análisis* que hay que explorar, sino como una obra en sí misma que le habla al lector, en palabras de Richard Palmer “(...) la obra literaria no es un objeto manipulable totalmente a nuestra disposición. Es una voz humana del pasado, una voz a la que hay que darle vida de alguna forma. Es el diálogo y no la disección lo que abre el mundo de una obra literaria” (2002: 23).

Para interpretar, comprender y navegar el mundo de *La caída de los puntos cardinales* fue necesario reconocer que la obra había afectado nuestro mundo personal, y que era a partir de dicha afectación que se abriría el camino: la novela no es un objeto ni un mundo externo al lector, y por lo tanto, la relación lector-novela es de ida y vuelta, de involucramiento<sup>2</sup>. Para ello, recurrimos a la hermenéutica, entendiendo esta como “el estudio de la comprensión, y sobre todo la manera de comprender los textos” (Palmer 24); es decir, para comprender la obra no partimos sólo de conceptos y teorías, sino que nos permitimos tener un “encuentro histórico” con ella, echamos mano de nuestra experiencia y la vivimos con la experiencia de la obra misma.

A partir del involucramiento, intentaremos comprender cómo la literatura, y en particular *La caída de los puntos cardinales*, actualiza la ciudad y abre un camino hacia la identidad de un ciudadano que tiene como faceta fundamental el reconocimiento de la propia conciencia histórica. Pero ¿por qué este interés? Porque creemos con vehemencia

---

<sup>1</sup> Es decir, basada en un método que busca expresar la universalización del fenómeno interpretativo desde la concreta y personal historicidad.

<sup>2</sup> Al respecto Palmer afirma: “El propósito de la interpretación literaria [...] es superar la separación del lector frente al texto. No es suficiente con conocer una obra del mismo modo que un psicoanalista conoce los problemas de su paciente. La interpretación literaria debería permitir que el acontecimiento del lenguaje se apodere y domine y transforme al propio intérprete” (279).

que es conociendo el pasado social y político, recuperando la memoria como *podemos habitar la Bogotá actual, la presente*. En palabras del propio Luis Fayad, porque “el recuerdo es una de las maneras de luchar contra el desarraigo, de querer recobrarlo todo y desear con angustia volver a tener lo que ni siquiera se tuvo” (Alvarado, Conversando con).

¿Cómo hablaremos de este tema? ¿Cuál será el recorrido que haremos? Proponemos el siguiente: comenzaremos por caracterizar los *contextos* de la obra ofreciendo al lector una reseña biográfica y bibliográfica de su autor, que nos permitirá encontrar la huella de los principales temas tratados en la novela como son memoria, hibridación cultural, mapas, ciudad, entre otros, en el recorrido personal y literario de Fayad. Abordaremos después la noción de ciudad, sus relaciones con la literatura y, dentro de éstas, nos detendremos en las categorías de novela urbana y novela de ciudad. Hasta aquí habremos desarrollado el primer capítulo.

*La caída de los puntos cardinales* es memoria, no sólo de Bogotá, también del Líbano. La novela es una reconstrucción de las múltiples memorias de los habitantes de la ciudad; es un reconocimiento desde una nueva forma de contar y de revivir la historia; es una mirada del pasado en el presente, de la ciudad que crece desde y en la novela misma, que se hace con sus personajes, los de aquí y los foráneos; que está marcada por la heterogeneidad y la huella de una cultura aparentemente lejana, la libanesa. Es por ello que en el segundo capítulo plantaremos el tema de la *memoria* con relación al viaje, la transición y la ruptura. Y para hablar de esta última nos remitiremos principalmente al lugar de la lengua y las cartas, y de manera muy rápida una pequeña mirada a los objetos y las comidas.

En este capítulo hibridación cultural y memoria son tratados como componentes clave de la novela, por eso es necesario aclarar desde dónde estamos entendiendo dichos conceptos, sin presentar toda la discusión teórica que existe al respecto. Cuando hablamos de hibridación cultural estamos situados en ese terreno de “heterogeneidad cultural” en que lo extranjero, lo de afuera, entra en contacto con lo local, con lo propio. En el caso de *La caída de los puntos cardinales* esta relación es recíproca, los libaneses entran en contacto con los colombianos, lo de afuera con lo local; y los colombianos entran en contacto con los libaneses, lo local con lo de afuera. En este proceso se vive a

su vez una especie de reacomodamiento, de hibridación, es decir, ambas culturas interactúan y terminan adoptando nuevas formas de ser, y reacomodando sus costumbres para terminar construyendo nuevas costumbres, saberes y formas de pensar.

Por su parte, la memoria es una construcción de saberes, de experiencias vividas, pero no sólo nuestras, sino también de otros. Recordemos el origen de la palabra memoria, para ello tomemos a Ricardo Soca y su libro *La fascinante historia de las palabras*: “En la mitología griega, Mnemosine, hija de Urano y Gea, era la diosa de la memoria y madre de las nueve musas, las diosas protectoras de las artes y ciencias, puesto que los antiguos griegos consideraban la memoria como la fuente principal de la inspiración de escritores, artistas y hombres de ciencia o filósofos”.

La memoria no sólo está representada en los objetos (museos, esculturas, arquitectura, entre otros), sino que es la ciudad y sus habitantes, en palabras de Sztulwark, “si la memoria no está concentrada en un objeto sino que está hecha de marcas y afectaciones varias (deliberadas o no; programadas o no; contradictorias o no), la memoria urbana es la ciudad misma. En definitiva, las marcas que hacemos y hacen ciudad” (2005). En este sentido, “la memoria no es una construcción terminada sino una configuración en construcción que emerge aquí y allá” (Sztulwark, párrafo 6).

Entendemos la memoria no sólo como un ejercicio archivístico (ejercicio que Fayad reconoce haber realizado para ser preciso en algunos detalles de la novela), sino como un ejercicio permanente y complejo, vivo, en construcción:

Es tiempo de indagar estas otras formas de la memoria: más allá del archivo, del monumento, de la plaza oficial; es tiempo de pensar la memoria como eso que está actuando todo el tiempo, como eso que está produciendo y produciéndonos. Más allá de lo monumental, hay situaciones urbanas que producen memoria, que hacen memoria. La tarea es entrenar a nuestro cuerpo en el ejercicio de esta sensibilidad (Sztulwark, párr. 42).

Esa sensibilidad de la que habla Sztulwark es precisamente la que se empieza a sentir con la novela de Fayad, y es a esa sensibilidad a la que recurriremos en este trabajo para comprender la obra. Finalmente, a esta memoria está ligado el pasado, el pasado en El Líbano, de la Bogotá de comienzos del siglo XX, del autor y del lector; en *La caída de los puntos cardinales* la memoria es la *interacción entre presente y pasado* (Rodríguez

2008): el pasado de la novela con el presente de la novela, y el pasado de la novela con el presente y el pasado del lector.

El pasado, en palabras de Beatriz Sarlo, “se hace presente”, lo que nos lleva a entender la memoria como presente. “El recuerdo necesita del presente porque, como señaló Deleuze a propósito de Bergson, el tiempo *propio* del recuerdo es el presente: es decir, el único tiempo *apropiado* para recordar y, también, el tiempo del cual el recuerdo se apodera, haciéndolo *propio*” (Sarlo 10).

En el capítulo tres, denominado *Dos conciencias y un pensamiento*, aprovecharemos las categorías de conciencia histórica, conciencia del lenguaje y pensamiento ciudadano, propuestas por la profesora e investigadora Luz Mary Giraldo en su libro *La novela colombiana ante la crítica 1975-1990* (1994), para comprender la novela. *La caída de los puntos cardinales*, sin llegar a ser una novela histórica o una nueva novela histórica recorre la memoria de la ciudad cuya transformación evidencia el pensamiento ciudadano. Fayad busca, a través de lo histórico, re-conocer la Bogotá actual. Para lograrlo, toma momentos de la historia nacional que marcan cambios en la ciudad, aborda lo social y lo político como parte esencial de la vida de los personajes de aquella época. Esa huella que permanece en las generaciones siguientes es la que rastreamos. A su vez, la conciencia del lenguaje la exploraremos escudriñando los saltos en el tiempo, que le permiten a Fayad jugar con los personajes y con los espacios: Bogotá y El Líbano convergen en un mismo tiempo, el de la novela, el de la ciudad cotidiana, el de su presente.

Por último, pondremos a consideración del lector algunas reflexiones que más que concluir, llegan a un lugar que esperamos sea un nuevo punto de partida y una manera diferente de comprender una obra literaria, y es verla como “obra” que como tal siempre “tiene el sello del calor humano” (Palmer 24); ese sello fue el que nos enamoró no sólo de Fayad, sino de toda su escritura, y el que finalmente reivindicó nuestro amor personal por Bogotá, como ciudad habitada por la memoria.

# CAPÍTULO I

## UNA PUERTA QUE SE ABRE

*“La sociedad se piensa a sí misma en sus textos”*

*W. Benjamín*

### 1.1 EL TRAYECTO NARRATIVO DE LUIS FAYAD

Luis Fayad es uno de los escritores colombianos más destacados de los últimos tiempos; su obra encierra un universo que explora la intimidad de los seres que habitan la ciudad: los marginados y expulsados del campo hacia la urbe, los inmigrantes que llegan a la capital del país buscando nuevos mapas, los políticos, los militantes, los hombres y mujeres comunes que intentan pertenecer a la pequeña burguesía emergente, todos ellos dentro de un contexto político y social compartido. “Al cerrarse la década de 1970 la narrativa de América Latina señala su distanciamiento de los modelos instaurados del boom. En el caso colombiano la ciudad adquiere importancia: los fenómenos sociales se unen a los psicológicos y los ambientales en aras de nuevas atmósferas” (Giraldo, 2006, 14).

Fayad pertenece a esa generación de escritores que se alejaron del universo garciamarquiano, sin desconocerlo, para crear su propia escritura.

Mirar hacia delante o hacia atrás permite definir el significado de tradición, renovación o su ruptura, es decir quién o qué instaura o quién o qué determina nuevas búsquedas y cambios. Aproximadamente desde 1965 y comienzos de la década siguiente algunos autores orientaron su aventura creativa hacia la necesidad de explorar distintos universos cercanos al presente, y reclamando distintas formas de escritura apelaron a la historia social y cultural, a la posibilidad de comprensión de un pensamiento latinoamericano y contemporáneo, al desarrollo de la ciudad y los ciudadanos y a la sensibilidad de su tiempo, proponiendo retos a nuevas escrituras y nuevos lectores (Giraldo, 2006, 14).

Teniendo claro que Fayad está dentro de la literatura posterior al boom, a continuación haremos un recorrido por la obra del autor que nos permita conocer su universo

literario, y que nos dará herramientas para explorar mejor su novela *La caída de los puntos cardinales*, eje central de este trabajo.

*Los sonidos del fuego* (1968) es la colección de cuentos con la que Fayad arranca su carrera literaria. En ella el autor expone el espacio rural y provinciano con una marcada influencia rulfiana. Los personajes buscan habitar el espacio que los rodea y a partir de *ese* habitar, construir su vida. No obstante, Fayad comenzará a abordar lo rural, en su obra, desde otra perspectiva, desde la relación de este espacio y sus personajes con lo urbano. Surgen, entonces, ambientes rurales que están en comunicación con la ciudad, se tejen puentes entre un espacio y otro; lo rural no surge como un lugar aislado, sino en relación con la urbe, hay un continuo transitar de personajes y experiencias, voces que van y vienen, cartas, vínculos familiares y memoria. Memoria de lo que se deja atrás, de lo vivido, que siempre vuelve para construir el presente, como en *La carta del futuro*. *Regreso a los ecos* (1993) y *Olor a lluvia* (1974).

En la obra de Fayad está presente la ciudad (Bogotá) como el espacio literario y psicológico en que se mueven y transforman sus personajes. Lo especial radica en que esta ciudad no es una urbe cualquiera, es una urbe en construcción, es un lugar en constante transformación que intenta junto con sus habitantes entrar en un proceso *modernizador*, no sólo físico, sino también psicológico. Los cambios modernizadores aparecen en algunos casos mencionados sólo como un dato pasajero, y en otros, como una muestra evidente del engranaje de la máquina social que se está gestando en una época determinada: momentos políticos, económicos y sociales. Robos, seguridad policial, trabajadores, patrones y seres marginados son elementos que construyen el universo literario del autor; seres que buscan un lugar en el mundo y una identidad que los mantenga dentro de un sistema que los reprime y absorbe. Aquí encontramos la colección de cuentos cortos *Un espejo después y otros relatos* (1995), el libro de cuentos *Una lección de vida* (1984) y la novela *Los parientes de Ester* (1978), textos en los que “Luis Fayad no busca el retrato de la estructura física de la ciudad, sino su profunda alma” (Arévalo 255).

*Los parientes de Ester*<sup>3</sup> es la novela con la que el autor incursiona en este género –hasta el momento sólo había escrito cuentos–. Esta obra ha sido estudiada por muchos críticos y es considerada una de las más importantes de la literatura colombiana. En la novela, Fayad plasma magistralmente, y perfeccionando su técnica, la Bogotá del Frente Nacional, la de mediados del siglo XX, donde la familia Camero es el núcleo que permite conocer la ciudad, su decadencia, sus problemas, al tiempo que refleja una época y un cambio. En *La caída de los puntos cardinales*, Fayad también se servirá de una familia, en este caso, de libaneses, para evidenciar sucesos que marcan el cambio de siglo y la entrada a una época de contrastes.

El autor, en sus dos primeras novelas, *Los parientes de Ester* (1978) y *Compañeros de viaje* (1991), nos ubica en una Bogotá en crisis, cambiante, incluso gris que estaría dentro de las fases de crisis y relativa estabilización que plantea Alberto Saldarriaga<sup>4</sup>; en ellas, los personajes habitan una ciudad problemática y sufren la soledad de la urbe, se enfrentan a problemas e inestabilidades políticas y sociales.

Por su parte, *La caída de los puntos cardinales*, por su fecha de publicación (2000), se encuentra en la fase de relativa estabilización, ese momento en que el autor puede decantar y reflexionar sobre lo que ha sucedido durante un siglo. No obstante, la novela estaría entre la primera fase, *la formativa*, y la segunda, *de crisis*, ya que arranca desde el cambio de siglo, cuando Bogotá está iniciando su etapa “modernizadora” y expansiva; hasta la crisis, representada en la masacre de las bananeras, el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y El Bogotazo, entre otros.

La ciudad se mueve por un deseo constante por entrar a la modernidad, pero aún no ha dejado de lado lo rural, lo provinciano generando así un contraste de pensamientos, clases y creencias en sus habitantes. En palabras de Fernando Cruz Kronfly, “la premodernidad mental debió aprender a coexistir y a convivir con la modernidad espiritual” (207), y esto se refleja en la novela.

---

<sup>3</sup>Sobre la importancia de esta novela, Guillermo Alberto Arévalo en su texto *Luis Fayad, narrador de lo contemporáneo*, dice: “Y ya desde la solapa, sus editores estimaban que esta obra era «sin lugar a dudas, la novela latinoamericana más importante aparecida tras los éxitos de hace una década de la literatura en ese continente», y que «difícilmente se escaparía a la seducción que el autor nos ofrece en sus páginas» (243).

<sup>4</sup>Alberto Saldarriaga habla de tres etapas de desarrollo de Bogotá durante el siglo XX: una fase formativa, entre 1900-1950; una de crisis, entre 1950-1980; y, finalmente, una fase de relativa estabilización, entre 1980-1990.

Ahora bien, la economía del lenguaje es el motor que hace vibrar el universo literario de Fayad: lo no dicho, los silencios, elementos que encontramos repetidamente en *La caída de los puntos cardinales*, son un recurso primordial del autor. Los personajes se construyen y conocen por la descripción de su entorno, por sus pensamientos, por lo sobreentendido, por los silencios, lo supuesto, y por ese contacto visual que le deja al lector la sensación de complicidad. Sobre este punto Julio Contreras en su texto *Luis Fayad. La literatura como un acto íntimo y solitario*, apunta: “El rigor al escribir expresado en la sobriedad y depuración de sus textos, es prueba de su preocupación por el manejo de la palabra y las dificultades que conlleva al expresarse por este medio, inquietud manifiesta desde sus primeros textos” (298).

Adicionalmente, esos silencios en la novela ayudan a comprenderla, y a entender cómo construyen el presente y reconstruyen el pasado, y para ello es necesario “escuchar en el texto lo que se dice hoy, escuchar, en otras palabras lo que no dijo o no pudo decir (...) Escuchar profundamente el qué hay detrás de lo explícito del texto” (Palmer 289).

La última novela de Fayad, *Testamento de un hombre de negocios* (2004), escrita totalmente en diálogos, retoma la memoria del país a través de sus personajes y aparece esa familia, la de siempre, a refrescarnos del olvido y a recordarnos la sociedad en que vivimos. El autor siempre vuelve a sus elementos: la ciudad, la memoria, la política, los momentos históricos y los personajes cotidianos.

Para terminar esta pequeña introducción sobre el universo literario de Luis Fayad, retomamos algunas palabras de Cristo Rafael Figueroa, uno de los críticos más importantes del autor: “las contradicciones generadas por el limitado alcance de la modernización en Bogotá son el motivo desencadenante de las ficciones narrativas de Luis Fayad” (Repres. 101).

## **1.2 PRIMEROS ENCUENTROS**

Luis Fayad en *La caída de los puntos cardinales* evoca la Bogotá de fines del siglo XIX y comienzos del XX, la época en que se inicia una apertura, no sólo económica y tecnológica, sino también cultural, es decir, el comienzo de un deseo de modernidad que

se vive en Colombia, y en general, en Latinoamérica. El autor nos lleva al origen, viaja hasta los comienzos de la ciudad pensada como tal, la abarca desde una reconstrucción de la realidad y de los momentos históricos y sociales que considera relevantes para lograr reivindicar el presente.

Dicho proceso, en la narrativa de Fayad, responde a la necesidad de ir hacia atrás: recorrer y reconocer los espacios, recordar para vivir lo actual, lo de hoy. “La presencia viva de la historia en la literatura señala y evidencia la necesidad de conocimiento profundo del pasado lejano o inmediato, para comprender sus repercusiones en la contemporaneidad y explicar el presente” (Giraldo, 1994, 17).

En la novela Fayad explora *una* de las múltiples ciudades que es Bogotá, la de los inmigrantes –diversos autores han revelado y develado la urbe desde una mirada similar, como es el caso de las obras de Osorio Lizarazu, *El día del odio*, Azriel Bibliowicz, *El rumor del ascatrán*, Óscar Collazos, *Las trampas del exilio*, entre otros—. Cada uno de ellos, incluyendo a Fayad, es un fragmento, un trozo del todo que es Bogotá, en esto, quizá, radica su importancia, ya que entre más partes conozcamos más grande será nuestro mapa.

En las últimas décadas ha ido tomando cuerpo una concepción fragmentaria de la ciudad, abandonando toda ambición globalizadora e idealizante. El situacionista Guy-Ernest Debord habló a finales de los años cincuenta de psico-geografía, de deriva y de la ciudad entendida como diversos fragmentos o secuencias de palabras a las que cada usuario, según sus afinidades electivas e intereses comunes, accede rápidamente con los medios de movilidad y transporte. Se empieza a intuir una nueva concepción espacial de la ciudad. “Aquello roto o fragmentado se graba mucho mejor en la memoria que aquello ‘entero’. Lo ‘roto’ tiene una superficie rugosa donde se puede agarrar la memoria” ha señalado Win Wenders (Montaner 175).

Fayad narra a Bogotá descubriéndola como un híbrido de culturas, en especial la cultura libanesa, conectándola con El Líbano y Beirut, pero también con el campo y otras regiones de Colombia. Este híbrido abarca todos los niveles de la cultura, es la hibridez pensada “no como identidad alcanzada, no como síntesis, no como coherente y uniforme, terminada y estable” (Ramírez 44), es ampliar su concepto “más allá de la raza, a todos los espectros del horizonte (...), espectros que hoy se reconocen como

constituyentes del yo. Estos son: raza, clase, género, preferencia sexual, nacionalidad, entre otros” (Ramírez 44).

En este encuentro de culturas y símbolos nos encontramos con la presencia de inmigrantes *externos* e *internos* en la urbe. “Dos tipos de migraciones y desplazamientos se han producido en América latina en diversas épocas: las *externas* y las *internas*. Las primeras corresponden a las efectuadas por extranjeros que emigran hacia nuestros países y las segundas por nacionales de nuestros campos, provincias o poblaciones que emigran hacia ciudades intermedias y capitales” (Giraldo, 2001, 1).

En *La caída de los puntos cardinales*, exploramos la llegada de los libaneses al país como el comienzo de una época de heterogeneidad cultural que desemboca en una hibridación cultural, en la cual los recién llegados mezclan sus antepasados y costumbres con las de los locales, generando una nueva forma de habitar, de hacer ciudad. No obstante, también está presente la llegada a la ciudad de personas provenientes de zonas rurales, ya sea desplazadas por el conflicto interno o motivadas por la búsqueda de mejores condiciones de vida.

En este intercambio cultural se *re-funda* la ciudad a través de la memoria, y se reconstruye un pasado histórico, político y social. “Si bien lo propio tiene su presencia y contribuye a la dinámica de la vida cotidiana, lo adquirido contribuye a esa necesidad de estar en relación” (Giraldo, 2008, 129).

Giraldo expone de manera muy acertada ese encuentro de culturas. “En las novelas que recrean tradiciones palestinas o libanesas, la diferencia está no tanto en la experiencia social o política que ha obligado a abandonar lo propio, sino en cómo participar del mundo encontrado integrándose, sin olvidar sus propias raíces (2008, 27).

La novela, que según Fernando Ayala Poveda pertenece al *realismo neocrítico*<sup>5</sup>, explora e indaga en la realidad de nuestro país, desde la vida de sus habitantes, teniendo como mapa la diversidad de culturas, ideologías, procesos, pensamientos, religiones y

---

<sup>5</sup>“Mirada que pretende explorar la realidad de la vida y la realidad de la ficción dentro de una pluralidad de espacios ideológicos, sociales, estéticos, lúdicos y simbólicos”. Tomado de *Manual de literatura colombiana*. Bogotá: Educar Editores, 1994.

convicciones de esos seres que la componen. Así como la manera en que cada uno de los personajes asume y participa de esa heterogeneidad cultural.

Para hacer todo este recorrido, Fayad, con un narrador en tercera persona, se vale de una familia de libaneses (entendiendo por familia a toda una comunidad de amigos y parientes), que llega a Colombia durante la primera etapa, la pionera o de los fundadores, cuando los emigrantes eran súbditos otomanos (turcos)<sup>6</sup>; todas su *pequeñas* o *grandes* historias le permiten a Fayad hacer un mapa de la ciudad y de la época.

La novela está dividida en tres libros de 18 capítulos cada uno, en una simetría perfecta en cuanto a su estructura, los círculos se abren y se cierran en alguna página, en alguna calle de la novela, así, por ejemplo, la continuación de las primeras líneas del primer capítulo, las encontramos en el comienzo del segundo:

*El barco zarpó de la costa colombiana sin Dahmar Abderrahud y sin su esposa Yanira. Venían del Líbano y debían seguir hacia Chile, pero en el trayecto Dahmar se enredó en una partida de naipes y perdió su dinero, y por recuperarlo desembarcó en el puerto de Sabanilla (Primera parte, 13). Al descender del barco Yanira se quejó del calor y preguntó si aquí los veranos eran siempre como esa cortina de fuego. De paso manifestó su inconformidad por la interrupción de la travesía (Segunda parte, 83).*

El final de la novela no nos revela una trama o una verdad escondida, no se trata de llegar a la última página y descubrir al asesino; aunque, como en las novelas policíacas, vamos recogiendo pistas en cada personaje, en cada episodio, aquí los círculos se cierran, las puertas están intercomunicadas, poco a poco el lector descubre la vida en/de la ciudad, lo que piensan los personajes, el paso del tiempo descubre sus momentos. Y es en ello que radica su grandeza, en ese continuo diálogo entre el texto y el lector, en ese ir y venir, en el ser interrogado y dejarse interrogar por la novela.

---

<sup>6</sup>“Los primeros sirio-libaneses llegaron a Colombia como parte de un proceso de «emigración masiva de cristianos del territorio sirio bajo dominio otomano, y de Siria, Líbano y Palestina bajo los mandatos británico y francés», en el decenio de los ochenta del siglo pasado”. Louise Fawcett de Posada, *Libaneses, palestinos y sirios en Colombia*, Barranquilla, Ceres Universidad del Norte, Documentos núm. 9, agosto de 1991, pág. 9.

Ahora bien, ¿con qué objeto caminar todos estos mapas, desmontar los existentes, construir otros nuevos y explorar una de las múltiples ciudades que es Bogotá? Tal vez para recuperar lo perdido, o mejor, lo transformado, porque es conociendo el pasado social y político, es recuperando la memoria como *podemos habitar la Bogotá actual, la presente*. En palabras del propio autor, porque “*El recuerdo es una de las maneras de luchar contra el desarraigo, de querer recobrarlo todo y desear con angustia volver a tener lo que ni siquiera se tuvo*” (Alvarado Conversando con).

### 1.3 CONSTRUCCIÓN DE CIUDAD

#### 1.3.1 LITERATURA Y CIUDAD

*“La ciudad, puerta de llegada y de huida”  
Antonio Salinero*

La ciudad ha sido un tema recurrente en la literatura, no sólo aparece como un escenario en el que los protagonistas se desarrollan, sino que se presenta ella misma como protagonista de una historia. La ciudad es además del espacio físico, con su arquitectura y sus calles –un lugar que antes estaba ocupado por una casa enorme y que es ahora un centro comercial o un edificio de grandes ladrillos–, el espacio psicológico de los hombres, donde se tejen sus historias, donde el hombre se construye –o destruye–, es el lugar de los cambios, de las transformaciones.

Durante mucho tiempo la ciudad se ha reconocido como el lugar donde todos los caminos se cruzan. Sin embargo, en los últimos años, tanto la literatura como diversas ciencias sociales y humanas se han preocupado por estudiar, analizar y comprender su historia, tradición, renovación, desarrollo y evolución, las relaciones establecidas por sus habitantes o sus transeúntes y sus expresiones artísticas y culturales. Ahora se evidencia que, además de ser espacio construido y poblado, es cuerpo complejo que va más allá de los límites geográficos y de la población demográfica (Giraldo, 2001, xi).

Precisamente por ser un *cuerpo complejo* todos sus tejidos se renuevan una y otra vez, su identidad termina por construirse a partir de múltiples identidades y herencias culturales, por ello sus habitantes cambian con ella, construyen con y en ella.

La esencia de las ciudades no radica sólo en factores funcionales, productivos o tecnocráticos. Éstas están hechas de muy diversos materiales, entre ellos la representación, los símbolos, la memoria, los deseos y los sueños. Es la superposición continua de muy

diversos estratos lo que estructura toda ciudad, reino de la diversidad y la pluralidad, fenómeno que no se puede interpretar de manera unívoca (Montaner 169).

Ese estado de continua mutación, esa ciudad entendida como cuerpo complejo, esa superposición de estratos están en las páginas de Fayad; Bogotá y El Líbano son además de ciudades geográficas, ciudades vivas, con intimidad y cultura, que “reclama[n] y afirma[n] una forma de expresión y de escritura” (Giraldo, 2001, xvii). No basta con citar fechas y momentos históricos que han hecho de determinada ciudad una urbe, es necesario explorar a los seres que la habitan y cómo estos hacen ciudad al mismo tiempo que ella los delimita. Y a su vez, esto tampoco es suficiente, ya que la ciudad va construyendo sus propias redes, a partir de sus transformaciones y las historias que lleva plasmadas en su piel: “(...) la ciudad no son sólo elementos físicos y geográficos contruidos por sus habitantes, es fundamentalmente una red simbólica en permanente construcción y expansión” (Torres 145).

La literatura, entonces, aparece como una lectura más de la ciudad, fuera de la lectura económica o política o demográfica, en realidad, puede unir todas esas lecturas en una: “La ciudad ya no podrá seguir siendo considerada como una simple instalación física, sino como lo que realmente es: una estructura eminentemente cultural, objeto, por tanto, de diversísimas miradas. Entre ellas, la mirada literaria” (Kronfly 191). *Leer la ciudad*, sería entonces el ejercicio o la tarea del narrador (Zeiger 36), y por supuesto, del lector; leer la ciudad como se lee un texto, que en este caso sería la novela que a su vez es la ciudad: “Texto y ciudad se entienden como artefactos culturales que hacen parte de las formaciones discursivas. Tanto los textos como la ciudad son legibles, lo que significa que la realidad (o ficción) aparece en signo (mapas) que hacen su experiencia comprensible” (Mojica 7).

Carlos Torres nos recuerda que “la ciudad es un escenario del lenguaje, de evocaciones y de sueños, de imágenes y variadas escrituras. Entonces es un escenario para lo literario” (145). Pero tal vez quien mejor precisa estas ideas es José Luis Garcés en su texto “San Jerónimo de los Charcos: ese recuerdo que me persigue”:

El arte de la palabra enfrenta a la ciudad y le delata sus laberintos. La recrea, la funda, le mantiene o le concede un nombre. La convierte en confrontación de personajes y esperanzas. Le ensancha su panorama humano. La hace viajar, a lomo de palabra, por geografías distantes

y distintas. La conduce hacia otros ojos, hacia otras animadversiones, u otros amores. La literatura le otorga una nueva vida, descifrándole sus gestos íntimos, agregándole la visión creativa del autor, sus preferencias psicológicas o mundanas. La literatura genera una ciudad que, originándose en la matriz ciudad-modelo, presenta nuevos contornos, nuevos perfiles, nuevas realidades. Es, quizá, la misma ciudad, pero, también es otra, y es por ello un anexo de cultura, en acepción de amplitud y profundidad (15).

Así, de lo que se trata es de leer ese mapa que el autor construye con las vivencias de sus personajes, y para lograrlo el lector identifica las huellas de la ciudad en el texto, creando un mapa mental que le permitirá perderse o encontrar esa ciudad narrada en la real o en la evocada. Es en esa ciudad narrada donde el lector encuentra su propia ciudad, y construye su propio mapa; y así logra, como dice Mumford, conocer la vida de la ciudad: “(...) Nadie puede conocer la vida de las ciudades considerada como un hecho social si no ha asimilado las obras y las novelas producidas por hombres que han vivido en ciudades y han descrito la vida de sus habitantes” (631).

Por tanto, es claro que “la literatura de y acerca de la ciudad se fundamente sobre las relaciones entre el sujeto literario y el objeto formado por el espacio urbano y sus habitantes” (Giraldo, 2001, xiv). La literatura nos trae esos personajes que recorren la ciudad, los hace presentes, con sus vivencias y sus historias, los recupera de su anonimato para incorporarlos a la historia local y a la historia universal, para hacerlos parte de la urbe y su memoria, para vincularlos a la historia.

*La caída de los puntos cardinales* muestra el alma de la ciudad, camina por los espacios públicos y privados de la urbe, para dejarnos entrar en su alma; un alma cargada de política, de historia, de cultura, de objetos y de sujetos. Una ciudad que deviene pensamiento. *La caída de los puntos cardinales* es facilitadora de un proceso de reconocimiento de la ciudad y sus habitantes, de ahí, que la escritura surge en este panorama como la única capaz de luchar contra el desarraigo, el desprendimiento y el olvido de las calles, al mismo tiempo que valida los encuentros y la vida misma.

### **1.3.2 NOVELA URBANA Y NOVELA DE CIUDAD**

La discusión sobre las características de la novela urbana y la novela de ciudad han llenado cientos de hojas y ocupado a muchas cabezas. Entre más leemos sobre los

puntos que diferencian a una y a otra nos encontramos con el hecho que sus lazos se estrechan cada vez más. No obstante, hagamos unas cuantas precisiones sobre cada una para intentar ubicar *La caída de los puntos cardinales* en una orilla o en la otra.

La novela urbana en la actualidad se levanta sobre la cartografía emocional del hombre moderno: sujeto-ciudad, sujeto-nómada, que se afirma o reniega a partir del espacio que habita. La novela urbana como estilo de escritura del espacio social del cual habla. Ella no sólo busca retratar las características del desarrollo urbano moderno del lugar, sino además de la heterogeneidad de su lenguaje y el nomadismo de sus rituales (Junieles, párr.12).

Por su parte Álvaro Pineda Botero, en su texto *Del mito a la posmodernidad* (1990), realiza la siguiente diferenciación: “No serían urbanas aquellas novelas que meramente incluyen menciones o descripciones topográficas realistas, o hechos objetivos ocurridos en alguna ciudad. Propongo, para estas obras, que se publican en abundancia, una especie de categoría inmediata entre lo regional y lo urbano, que podríamos denominar novela de ciudad” (106). Dentro de esta categoría ubica a *Compañeros de viaje* de Fayad, por describir el paisaje bogotano. Para Pineda,

la novela urbana ya no estaría interesada en el paisaje de calles y plazas, ni en la descripción de tipos, dialectos y costumbres, sino que penetraría en una nueva psicología: la del ser humano formado en la ciudad masificada, letrado, bombardeado por los medios de comunicación, quien ha perdido o está en vías de perder la familia y los últimos vestigios de su ancestro regional y, al mismo tiempo la visión coherente del universo. Es un solitario, que a veces vive su vida como algo intrascendente o desesperanzado. Ya no se describen situaciones objetivas para reconstruir una realidad; se describe una sensibilidad (¿o insensibilidad?) frente al nuevo ecumene de la ciudad caótica. Las conversaciones realistas, las expresiones populares o dialectales, quedan remplazadas por monólogos o diálogos imaginarios en una lengua estándar. Hay reflexiones o preguntas más o menos elaboradas sobre la existencia, mas no respuestas. En muchas se destaca la escritura autoconsciente como último refugio del protagonista (106-107).

Detengámonos un momento en estas dos visiones, lo urbano, por un lado, estaría más relacionado con el sujeto que habita la ciudad, su pensamiento, y su interacción con ella, entendiendo a ambos como elementos que se afectan entre sí; mientras que la literatura de ciudad está más ligada a lo descriptivo de la misma, a la descripción de espacios físicos y al narrar de hechos objetivos. No obstante, si retomamos a Junieles y a su pregunta por el papel de la ciudad dentro de la literatura, nos hallamos de nuevo en una encrucijada: “la ciudad en la literatura se perfila como un universo vivo, incierto,

inquisitivo y problemático. La ciudad es el espacio propicio para las disyunciones y acercamientos” (párrafo15). En otras palabras, lo verdaderamente importante es el papel que juega la ciudad dentro de la historia, no si aparece como una descripción o como un espacio que cobra vida.

(...) La narrativa urbana centra su interés en presentar la vida de sus habitantes y sus vínculos insondables con la ciudad. Esa vida pública de relaciones infinitas, donde cada ser se expone a la luz de los demás; y aquella otra vida privada que reserva para sí, para darle rienda suelta a la reflexión de la vida, a la construcción de sí mismo, y por supuesto a la soledad y el desarraigo. Esta es una relación que se lleva intrincada en lo más profundo de las venas. La ciudad con sus calles, avenidas, centros comerciales y sus zonas marginales, le marca el ritmo al sujeto que la habita, le propone distintas formas de ver el mundo, de acercarse a ella para que trate de entenderla y vivirla. Ese ser al mismo tiempo se nutre de ella, de su esquina, de sus colores gris, rojo y verde (Junieles, párrafo16).

Ahora, Carlos Torres señala:

La novela citadina, sin intentar afirmar la existencia de una novela absolutamente citadina, es aquella cuyo lenguaje se acerca más al signo. Tiende a dar cuenta de ese espacio oficial que constituye la ciudad, de una construcción física en la que podemos identificar un territorio, un límite y un borde mientras que la urbana da cuenta de un espacio diferencial, de un croquis y de una “cartografía simbólica” (148).

Partiendo de estas opiniones, sin duda, La caída de los puntos cardinales, se desarrolla en ambos espacios: el autor nos muestra con detalles las calles, las casas, las familias y el movimiento de la ciudad, al mismo tiempo que le da vida propia con el transitar de los personajes; la ciudad es elemento de referencia y también es protagonista; la ciudad es un mapa geográfico y también un mapa psicológico; la ciudad delimita a los personajes y también los personajes la delimitan a ella; la ciudad que palpita y tiene vida propia, la ciudad nombrada, la ciudad habitada, la ciudad-mapa, la ciudad-sujeto, la ciudad-metáfora, la ciudad-signo, la ciudad símbolo... finalmente, caen los puntos cardinales y se transforma en la ciudad de los libaneses, de los bogotanos, de los campesinos. Novela urbana por mostrarnos las líneas invisibles de sus calles y rescatar su memoria; novela de ciudad por recordarnos los nombres de sus calles y las historias que en ellas se tejen/se construyen.

## CAPÍTULO II

### LA MEMORIA Y EL NUEVO MAPA

*“Si yo no tuviera memoria no podría imaginar”*

*Jorge Luis Borges*

*La caída de los puntos cardinales* es memoria, no sólo de Bogotá, también del Líbano. La novela es una reconstrucción de las múltiples memorias de los habitantes de la ciudad, es un reconocimiento desde una nueva forma de contar y de revivir la historia, es una mirada del pasado en el presente, de la ciudad que crece desde y en la novela misma, que se hace con sus personajes, los de aquí y los foráneos, que está marcada por la heterogeneidad y la huella de una cultura aparentemente lejana, la libanesa.

En la ruptura, en la transición se abre espacio la memoria y es allí donde empieza a construir un mapa del pasado en el presente.

Del pasado se habla sin suspender el presente y, muchas veces, implicando también el futuro. Se recuerda, se narra o se remite al pasado a través de un tipo de relato, de personajes, de relación entre sus acciones voluntarias e involuntarias, abiertas y secretas, definidas por objetivos o inconscientes; los personajes articulan grupos que pueden presentarse como más o menos favorables a la independencia respecto de factores externos a su dominio (Sarlo 13).

#### **2.1 LA MEMORIA Y EL VIAJE**

El viaje, representado en el barco, es el comienzo de la transición, es el objeto en movimiento que aleja a los personajes de su tierra para internarlos en otra, desconocida y lejana. El barco es el mediador, es un puente y es memoria, porque es en su espacio en donde nos enteramos de lo sucedido en El Líbano, de la vida y la historia que se deja atrás, así como de las expectativas de lo que vendrá. Según Cirlot, el barco “está asociado al viaje del sol por el cielo y al viaje nocturno por el mar” y es “símbolo del cuerpo o vehículo de la existencia” (107), es decir, ese transitar entre lo nuevo y lo pasado, lo conocido (representado en la luz) y el porvenir (representado en la noche).

La importancia de la travesía está dada porque el barco se convierte en un pequeño Líbano, en el viaje se descubren los personajes, los conocemos, los intuimos: el lector va entrando en su mundo justo en el momento en que lo dejan atrás, en el instante del cambio.

Dahmar, uno de los personajes centrales de la novela y quien tiene una gran responsabilidad en este viaje, hace referencia a la sensación de viajar, al cambio de costumbres y a la búsqueda de “algo”. El viaje como una búsqueda consciente o no de cambiar, de conocer, de partir de un lugar, dejando en él parte del ser, de la *existencia*, para llegar a otro punto que no será llegada, sino comienzo.

Aunque las historias que se cuentan en el barco remiten al Líbano, la vida sigue su curso, y el lugar de origen ya se siente lejano. Esa sensación es la que posibilita que hechos sucedidos en El Líbano ahora puedan ser contados, como es el caso de la revelación que Muhamed le hace a Yanira acerca de un atentado contra el Mutasarrife: *“Tu padre nos ayudó a los Abderrahud y a mí a preparar un atentado contra el nuevo secretario del Mutasarrife”* (56). Ese hecho que en su momento no le fue revelado a Yanira por el deseo de todos de protegerla, ahora sale a luz, en el barco, en el nuevo espacio, donde ya no implica peligro o reproche.

En el barco, durante el viaje, se perciben las clases sociales constituidas desde El Líbano, pero ahora, al llegar a habitar otro lugar, algunos personajes buscan la manera de ascender o cambiar su posición, como es el caso de Hassana, o simplemente de mantener su estatus, como Dahmar. Estas primeras señales de cambio se evidencian desde los roles femeninos: Yanira y Hassana, los dos personajes femeninos principales, empiezan a tener roles que buscan determinar quién tiene el poder y los límites que regirán en adelante (alusiones a la religión a que pertenecen; enfrentamientos fuertes entre ellas por el juego entre sus esposos y el dinero involucrado en él).

*A mi me parece injusto que yo sea la única que esté sufriendo por un dinero que ni sé si va a quedarse conmigo, mientras los demás duermen tranquilos, señora Yanira.*

*Hassana pronunció el nombre en castellano y en tono contundente para marcar más la distancia entre las dos* (29).

Otro elemento muy fuerte que marca el viaje es la lengua, algunos personajes tienen en el barco los primeros acercamientos con el español, como Hichán y Hassana, quienes leen el manual de aprendizaje básico del castellano que les regaló Muhamed. En contraste, Dahmar ya conoce bastante el idioma, lo que le brinda una mejor posición en el barco y la posibilidad de enterarse de la situación política y económica de Latinoamérica, marcada por las migraciones: alemanes hacia Chile, italianos hacia Argentina y Venezuela; y del otro lado también, como los franceses hacia Beirut.

## 2.2 MEMORIA Y TRANSICIÓN

El hecho que la familia Abderrahud venga desde el Líbano hasta Colombia, implica dejar atrás una historia propia que sólo volverá a través de la memoria, no obstante no se trata simplemente de evocar, sino de integrar el pasado con el presente. El pasado está en El Líbano, el presente en Bogotá, la memoria mediará entre ambos espacios, los vinculará para construir una nueva vida.

Además de esta memoria que trasciende países, está la memoria de Bogotá: en la novela vendrá el recuerdo de los caminos andados en la ciudad, las generaciones que suceden a otras, aquellos que llegaron jóvenes y con el Líbano pegado a su ser, terminarán al final de la novela como viejos que recuerdan una y otra vez lo que ha significado vivir en un país que para ellos fue extranjero en algún momento; sumado a ello, está una lengua que ya no pertenece a nadie. Es contundente el círculo que se cierra, los Abderrahud fueron muy jóvenes en el Líbano, llegaron a Bogotá y allí construyeron su vida y su estirpe.

*Yanira se había quedado pensativa. Recordaba que al nacer su primer hijo sintió que por fin tenía algo de aquí y ahora con Dahmar enterrado cerca de su casa ya no podía ser de otro lugar. Muhamed repuso que en ese último año había sentido lo mismo (321).*

Un nacimiento y una muerte marcan el comienzo y el final de la historia de una familia en un lugar, es una especie de pertenencia, de arraigo. Una generación ha quedado atrás en El Líbano, otra comienza en Bogotá; esta especie de partición de la historia familiar

lleva, inevitablemente, a que la memoria de los personajes se mueva entre esos dos lugares, El Líbano y Bogotá. La memoria que recupera las experiencias vividas en el pasado y que actualiza el presente, la memoria como “un revelador del presente” (Sarlo citando a Halbwachs), termina siendo el eje transversal de la novela, parte de su trama; esa memoria que permea todos los espacios y los tiempos, los de la novela y los del lector.

En el momento en que los esposos Abderrahud (Yanira y Dahmar) y sus acompañantes llegan a Colombia entrando por el puerto de Barranquilla, el Líbano ya es pasado, y por ello algunos personajes intentan buscar en esta ciudad fragmentos de su tierra como una manera de no perder aún lo que ha sido su vida y su entorno hasta ese momento: a Yanira el patio del hotel se le parece a los patios de Beirut y Muhamed reflexiona sobre el parecido de Barranquilla con Teherán. Hay una necesidad de buscar en el presente lo que se ha dejado atrás para no perderse en el espacio en que se encuentran ahora. ¿Cómo hacer referencia a la vida en el Líbano? Pues a través de la memoria: recordar para darse a conocer, para entender el presente que está ante sus ojos.

*(Yanira) se tendía en la cama bajo las aspas del ventilador, se asomaba a la calle y volvía al patio interior y se sentaba a la sombra de un tejadillo de cinc. Por su lado pasaba la mujer encargada de los servicios y de conferenciar con los proveedores de la despensa y con la lavandera de las mudas de cama. Todos se acercaban a Yanira e intentaban entenderse con ella, le hacían preguntas y le enseñaban nuevas palabras. Yanira tuvo la impresión de estar en un patio de Beirut con otro lenguaje y con algún cambio en el vestido, y los vio a todos igual de dispuestos al recreo y a ofrecer cualquier servicio (95).*

Ese mapa físico y psicológico con el que los personajes llegan a Colombia, se ve afectado en dos ocasiones, porque una cosa es estar en el Caribe y otra, en el interior. El clima, las costumbres y el trato que le dan los habitantes son diferentes. No obstante, en ambos casos se verán enfrentados a la hostilidad por su condición de extranjeros, incluso su origen se verá atacado.

*El agente de aduanas anunció con tono alegre que los extranjeros debían apartarse unos pasos, entre ellos los turcos. Dahmar les tradujo la orden a sus paisanos y el más joven, de unos dieciocho años, se sintió maltratado.*

*– ¿Turcos?–se preguntó y se dirigió a Dahmar–. Dile quiénes somos.*

*–Aquí somos turcos –dijo Dahmar.*

*Por las cartas que llegaban al Líbano sabían que en este lado les daban ese nombre por cargar el pasaporte de las autoridades turcas.*

*–Pensar que mi padre estuvo preso por culpa de los turcos –dijo el que se sentía maltratado –, y ahora me llaman turco (84).*

Sin embargo, como en todo lugar también encontrarán personas dispuestas a compartir con ellas, como en Beirut será la comida el primer abrebocas para un intercambio cultural.

*De la estación fueron a buscar a los paisanos que seguirían el viaje a otros países y al anochecer celebraron la despedida en un toldo al lado del muelle, iluminado por lámpara de kerosén, frente a las olas del mar. Había pocos clientes hombres todos, en camisa de manga corta y con los botones del pecho sueltos. Dos de ellos se disputaban la palabra para contar una historia y todos bebían ron en vasos pequeños, dando sorbos cortos y continuos. Varios niños rondaban cerca, jugaban a perseguirse y reían cada vez que alguno se caía al suelo. A lo lejos, en el mar, se divisaban las luces regadas de las piraguas de los pescadores. Una mujer y un niño atendían el toldo. Los dos sirvieron en su mesa y en la de otros clientes un plato de pescado frito acompañados de unos trozos blancos, cortados en diferentes tamaños, bulbosos, dorados en las orillas por el aceite. Uno de los clientes, al percatarse de la curiosidad de ellos por la guarnición, se ladeó en su asiento para decirles que eso se llamaba yuca y les anunció que era muy rica (...) Cuando sirvieron el nuevo plato, los clientes rodearon la mesa de los recién llegados y cada uno se afanó en explicarles que los patacones eran plátano verde cortado en rodajas, apisonadas y freídas. Los acompañaron todo el rato, atareándose cada uno por enseñarles mejor que el otro (90, 91).*

En este primer acercamiento de los personajes a Colombia, Fayad ya nos enfrenta con nuestra propia memoria histórica, con nuestro contexto; la familia Abderrahud llega por Barranquilla al país, lugar de entrada de la mayoría de extranjeros a Colombia.

Los cronistas de esta emigración están de acuerdo en que fueron Barranquilla y el vecino Puerto Colombia los principales puntos de entrada en el país, siendo de menor cuantía los que entraron por Cartagena y Santa Marta, todos puertos sobre el caribe atlántico. Las entradas, relativamente escasas, por puertos del Pacífico se registrarán en etapas posteriores, principalmente en relación con la recién formada colonia en el Ecuador (Nweihed 257).

El escenario del Caribe, con el que se encuentran primero los personajes, frente al que van descubriendo a medida que avanzan hacia la sabana es muy diferente, los cambios son cada vez más evidentes, el choque con los residentes aparecerá de nuevo e incluso el paisaje se muestra agreste, como una premonición de aquello que les espera: lo desconocido.

*Yanira hizo la mayor parte del viaje en un asiento de cubierta amparada del sol por una sombrilla. También ella miraba atenta pero no para participar en las mejoras que preparaba Dahmar. Su mirada se dirigía a las densas montañas, se elevaba a la copa de los árboles que con su altura y su secuencia formaban un enrejado profundo en ambas riberas, y escudriñaba más allá de la espesura. A pesar del paso de colonizadores y pioneros durante cuatro siglos, el espacio era reconocible en su antiguo dominio vegetal. La corriente del río se angostaba en su cauce primitivo de escarpas verticales y se ensanchaba cubriendo piedras y arena (110).*

En este mismo recorrido, Dahmar se enfrenta a un grupo de hombres que desde el barco están matando cocodrilos, en una escena aparentemente simple se percibe el choque cultural y la condición de extranjeros de los Abderrahud: los residentes los tratan como ignorantes y creen que deben *instruirlos*, mientras que los recién llegados no comprenden el modo de proceder de los otros. Esta situación nos lleva nuevamente a pensar en el distanciamiento con el Líbano en tan poco tiempo, y cómo el deseo de

encajar los lleva a entender muy pronto que deben alejarse o callar sus creencias. Olvidar para luego recordar.

*– ¿Por qué mata los cocodrilos? –le preguntó.*

*El segundo de a bordo no comprendió el asombro de Dahmar y para instruirlo en su condición de extranjero le dijo:*

*–Esos animales son muy peligrosos.*

*–Pero ahora están ahí –dijo Dahmar– sin hacer nada.*

*El segundo de a bordo comprendió el reparo.*

*–Son muy peligrosos –dijo–, y además son de aquí, como yo, nosotros somos de aquí.*

*También Dahmar comprendió.*

*–¿Y esa es toda la razón que usted tiene?*

*–A mí me basta, y a usted nadie le preguntó en qué está pensando (111).*

Un nuevo mapa se va construyendo como la única posibilidad de no perderse en el presente, de encontrar un lugar; hay que pasar por un proceso de adaptación, vincular sus costumbres con las nuevas implica un cambio o una transición en su identidad, en su ser. Sobre este proceso nos habla Nweihed en un texto muy interesante titulado “La emigración de sirios, libaneses y palestinos a Venezuela, Colombia y Ecuador” (1997).

A pesar de ciertas diferencias superficiales e institucionales entre Venezuela, Colombia y Ecuador, la adaptación del inmigrante a la “tierra prometida” y la rápida vinculación que se establece entre ambos se podrían explicar teniendo en cuenta varios factores, entre los que no consideramos necesario establecer una prioridad: el inmigrado tuvo una buena acogida, a pesar de los incidentes de choque cultural y de la competencia surgida por la fuente de trabajo. Esta acogida coincidió con un periodo en el que las economías de los tres países receptores –en mayor o menor grado– se estaban viendo transformadas en su marco agrario tradicional, para pasar a una nueva etapa de organización comunicacional y comercial, todo ello dentro del proceso de modernización preindustrial que se estaba desarrollando. Por otra parte, sobra la buena voluntad de los recién llegados –la mayoría libaneses cristianos y, más concretamente, maronitas– para establecer sus hogares en países católicos soberanos, a salvo de las autoridades otomanas (237).

### 2.3 MEMORIA Y RUPTURA

La memoria viene dada por el cambio, en ese instante en que se da la ruptura surge la angustia por recordar lo que se está perdiendo, el deseo de retener lo que se escapa entre los dedos. En muchas ocasiones no se da de manera consciente, es así como Dahmar sólo reconoce que ha olvidado su vida en El Líbano cuando se entera de la muerte de su padre, hasta ese momento seguía teniendo, o creía tener, un lazo fuerte con su país, con sus raíces, así fuera a través de cartas guardadas en un cajón, pero una vez desaparece ese puente se da cuenta de que en realidad El Líbano es recuerdo.

Esta situación pone al personaje en una crisis de identidad, cuestiona las razones por la que dejó su país, se recrimina por no mantener sus costumbres, justifica su distanciamiento y el no haber regresado nunca más a su tierra. Pero la fuerza de este apartado en la novela radica en que han transcurrido cinco años desde la llegada de los Abderrahud a Bogotá; la segunda parte comienza con este salto temporal, el lector se sobresalta, al igual que el personaje, porque también ha olvidado en unas cuantas páginas a Beirut, al Líbano, y sin darse cuenta ya han pasado cinco años:

*La carta llegó de parte del abogado de Beirut, redactada con la disposición de servir y la veneración que el hombre profesó por los Abderrahud, y en esta ocasión con la solemnidad inspirada por el duelo de la noticia. Venía como un relato para una tercera persona y no para Dahmar, y anunciaba la muerte de su padre. En esos cinco años, de la partida de su hijo y Yanira, decía la carta [...] (101).*

Con la muerte del padre de Dahmar surge el desamparo, el reconocimiento de la pérdida de sus orígenes, el sentimiento de culpa, el remordimiento por haber partido y dejado atrás sus raíces, sus ancestros:

*[...] Se culpó por no haberse dado cuenta desde hacía cinco años que no volvería verlo, y le pareció que todos en el Líbano se habían muerto” (102).  
[...] murmuró un ruego improvisado con las palabras padre, salvación, Alá, y al final una petición de perdón, aunque no supo si dirigida al uno o a los otros ni cuál era su falta. Murmuró que él no había repudiado nada de lo*

*suyo, sino que entonces era un joven y creía que aspiraba a muchas cosas y pensaba que debía inventarse en qué creer (103).*

Otro punto interesante a tocar aparece en el anterior fragmento, por qué venir a Latinoamérica a buscar futuro y fortuna. El Líbano está en guerra, pero Colombia también. Sin embargo, es claro que en esta época los extranjeros llegaban con capital para invertir y con importantes contactos que les permitían penetrar la pequeña burguesía emergente. La idea de partir a otras tierras a buscar fortuna era común:

*[...] planes que ya otros habían realizado y de los que ella oía desde pequeña: oyó de los barcos que zarpaban de Beirut y con los años se enteró de lugares cuyos nombres, México, Colombia, Brasil, Ecuador, integraban las conversaciones del vecindario (33).*

En cinco años Dahmar ha logrado posesionarse y tener un nombre respetado en la ciudad, es un hombre de la burguesía bogotana. “Junto a los oriundos de la misma ciudad estaban, más cosmopolitas y más desprejuiciados, los muchos llegados desde distintas partes del país, unas veces con poder y otras en busca de él, unas veces con fortuna y otras veces para procurársela. Y era en ellas donde adquirían más importancia los grupos extranjeros, influyentes y prestigiosos” (Romero 260-261).

Los Abderrahud salen de su país porque en él ya no había esperanzas y los deseos de seguir prosperando los llevó a mirar hacia otras latitudes: Latinoamérica, que en ese momento se mostraba como un lugar lleno de posibilidades:

Durante el siglo XIX y comienzos de XX se gestaron grandes movimientos migratorios causados por varios factores, entre los cuales se puede mencionar la aceleración demográfica, el empobrecimiento de las tierras agrícolas, el florecimiento no equitativo de la economía, el crecimiento del comercio intercontinental. En esta perspectiva, el continente americano se convirtió en un territorio que ofrecía mejores condiciones para los emigrantes procedentes de Europa y Asia. Así, impulsados por una concepción utópica del Nuevo Mundo, se orientaron hacia él con el firme propósito de prosperar y contribuir al progreso y consolidación de los países receptores (Samamé, parr. 2).

Se habla del viaje que hará Dahmar en dos años, él y su padre ubican en el mapamundi la ruta a seguir hasta llegar a Chile, pasando por la costa colombiana (directo a la provincia de Panamá). El destino es Chile por tener estabilidad política y pocos libaneses, su objetivo es encontrar la fortuna, no sólo en dinero sino en tranquilidad y alegría; se presenta así, el viaje como una oportunidad y una forma de conocimiento.

Pero volvamos a la crisis de Dahmar, quien en medio de su confusión es la prueba de la mezcla de culturas, de cómo sus costumbres se han *fusionado* con las del nuevo país, en las oraciones de Dahmar, y en las de Yanira quien acude a ayudarlo a rezar, hay una mezcla de dioses y tradiciones. “*Yanira se confundió al pensar en sus oraciones y en las que oía ahora en las iglesias*” (103). Este es un caso de hibridación cultural que en un comienzo encuentra resistencia en Dahmar, al buscar en su memoria no tiene claro cuáles son sus rezos y sus costumbres, y cuáles las del “nuevo lugar habitado”:

*Los dos entraron al cuarto y mientras Yanira recitaba de memoria una oración musulmana, él la repetía más bajo. Fue la última que él rezó completa, y al concluirla empezó a sentirse sin amparo, extraño en ese sitio, en la existencia y ante todo lo que estaba a su lado* (103).

Dahmar se siente inseguro después de cinco años en el país, se siente solo, desamparado en esta nueva tierra, a pesar que ya ha pasado un buen tiempo en ella. Dahmar siente esa *grieta* de la que habla Edwar Said, está dividido entre su ser en El Líbano y su ser en Bogotá, y esa distancia entre uno y otro lo pone en una situación delirante. El único lazo que lo mantenía atado a su pasado en El Líbano ha desaparecido, y en ese instante Dahmar debe hacer un esfuerzo por reconocerse: ¿quién soy? Lo único que puede hacer es intentar volver a sus orígenes, para lograrlo recurre a los recuerdos, o como dice uno de los personajes, *imaginar los recuerdos*, en ellos espera encontrar lo que cree que ha perdido:

*En esos días, Yanira lo vio regresar a la casa con pocas palabras además del saludo, intentando una postura severa que también caía en la imitación. Al principio pareció mantenerse ausente con su pensamiento, con un brillo vengativo en la mirada y una obstinación por acentuar los recuerdos y las costumbres* (103).

*Durante esa semana, la siguiente a la carta que anunciaba la muerte del sayid Abderrahud, ella oyó apenas unas frases que no tenía adónde dirigir y con el afán de rescatar un orden que nunca había faltado. Dahmar se indignó porque el arreglo de los cubiertos no le recordaba el de la casa de Beirut, preguntó por las buenas hojas de parra para preparar las wara arisch, y al final cambió de idioma para que Vicenta entendiera que sin el trigo apropiado más valía olvidar el tabule y el Kiev. Se aliviaba al ver a Yanira leer el Corán, como hacía el sayid Abderrahud (122).*

No obstante, ese ir y venir entre Beirut y Bogotá, hace que al mismo tiempo que Dahmar busca sus costumbres termine intentando rescatarlas a partir de lo local. Por el alma del sayid, los Abderrahud dan una misa en la iglesia Santa Bárbara, y aunque Dahmar lo justifique en el mismo pensamiento de su padre, a quien no le interesaba mucho el radicalismo de las religiones, ni el cura ni algunos paisanos lo entienden igual.

Esta parte de la novela esconde un significado bien interesante que ya se dejaba intuir en un apartado del primer capítulo: las religiones han surgido unas sobre otras, la raíz de la que nacen es la misma, se han tumbado unos templos para construir otros en ese mismo espacio. Se vuelve una memoria palimpséstica, huellas sobre huellas:

*–Lo hago por mi padre –y por reforzar su memoria en él mismo, sin que sonara a réplica, recordó que el sayid Abderrahud sabía que los templos de un rito se habían utilizado para otros distintos. El párroco no tenía información y se quedó en silencio, quizá pensando, quizá sin comprender. Dudó si debía hablar con desafío y en el momento no estuvo seguro.*

*–En estos sitios no sucede así –dijo un poco picado al final–. No tengo que tratar de recordarlo.*

*–Depende de la ocasión –dijo Dahmar respaldado por el recuerdo del sayid Abderrahud (117).*

Esa memoria palimpséstica se explica por el encuentro de culturas, es casi difícil pensar en algo puro, en algo que no haya entrado en contacto con otras esencias y con otros seres, en ese orden de ideas, intentar recordar es mezclar ambas esencias o diferentes momentos. “Reconstruimos nuestro pasado distante combinando fragmentos de

información mediante el empleo de nuestras experiencias actuales" (David G. Myers citado por Junieles, párr. 41).

Como habíamos comentado en el capítulo anterior, lo no dicho en Fayad esconde un significado, por tanto un reto para el lector, en este caso hay que hacer memoria, hay que recordar las conversaciones de Dahmar con su padre en Beirut, que es el mismo ejercicio que hace el personaje en la escena: la estructura de la novela, los saltos en el tiempo son, a su vez, un constante ejercicio de memoria. Sin duda, un ejercicio magistral que ratifica esa memoria que se construye en la novela.

Ahora, retomando el proceso de Dahmar, él, en medio de todo este dolor y ese querer volver al origen, busca consuelo en su interior. En una escena, que juega con el sueño y la realidad, con el pasado y el presente, con el mundo de los muertos y los vivos, con heterogeneidad cultural –y en la que parece encontrarse un homenaje a Juan Rulfo, específicamente a su novela Pedro Páramo–, el sayid se le aparece a Dahmar en la séptima noche del duelo y le habla de la importancia de seguir adelante. Una voz del pasado vuelve para dar tranquilidad a la generación del presente, para abrir el camino hacia otras formas de ser y existir. Sólo de esta manera Dahmar logrará entender la necesidad de perdonarse y de asumir el nuevo ciclo: como en la estructura misma de toda la novela, hay que empezar siempre, llenarse de nuevas ilusiones<sup>7</sup>:

*A la séptima noche, mientras dormía, oyó la voz de su padre. No sintió que venía de Beirut ni de ningún otro lado. Sintió que ocupaba el cuarto. El sayid Abderrahud pronunció su nombre con claridad y con el acento suave de sus reproches. Dahmar se despertó y, aún con la cabeza en la almohada, buscó a su padre en la oscuridad. Yanira seguía a su lado, de espaldas a él como respuesta a su dejadez en esos días. El sayid Abderrahud se acercó y Dahmar empezó a incorporarse y a extender hacia él los brazos. El sayid Abderrahud sonrió, lo dejó apenas sentarse en la cama y se sentó a su lado. Le dijo que ahora tenía otras obligaciones.*

---

<sup>7</sup> Otros homenajes o al menos intertextos: a) La escena de la fumada de hachís parece una pintura o un poema oriental (capítulo 12, págs. 64-70). Según entrevista con Alejandro Lorente, evoca el Tao o Las Mil y Una Noches. b) Segundo homenaje a Rulfo en la escena en que Muhamed se encuentra con el arriero: “–Me parece que usted es como yo, un pobre hijo de mala madre. / Muhamed afirmó y el arriero se rió de él. / –Yo al menos se que soy hijo de un tal Lucas Páramo (...)” (138). c) Dahmar asiste a una lectura de poemas de Julio Florez en el Teatro Jorge Eliécer Gaitán.

*–Tienes a Yanira y una casa. Qué feo es ver a un joven al que se le acaban las ilusiones. Piensa en las que se cumplen y en las que hay que cambiar por otras (104).*

La ruptura se hace evidente, pero para construir sobre lo anterior, no se trata de borrar todo lo que ha sido, sino de levantar nuevos puntos cardinales sobre los anteriores. Las huellas aparecen, antes eran presente, ahora son pasado, memoria. El ahora ha creado relaciones que antes no existían, los lazos de ayuda que tal vez en El Líbano no se hubiesen dado, en Bogotá son una constante. Los que llegan buscan en sus paisanos lazos que los unan desde su tierra, pero pronto entenderán que aquí se han levantado otros, y que sin duda todos son iguales, extranjeros:

*Entre ellos se encontraba un joven recién llegado, amigo o pariente de Dahmar, empeñado en recordar la amistad entre sus mayores, en imaginar un recuerdo y en suponer que compartían un antepasado jeque, y Muhamed quería dar a entender que no por eso los Kadalani estorbaban (150).*

Las visitas entre paisanos, con el pasar del tiempo, están marcadas por una memoria en común: la llegada al país, ahí parece empezar la vida de todos; lo que sucedió antes, en el Líbano, es un recuerdo que muchas veces ya nadie menciona:

*En la sala abundaban los nuevos conocidos, que por evitar conocerse mejor no recordaban antecedentes de hechos ni de personajes. Mencionaron recuerdos en los que todos tenían la misma autoridad. El viaje de los puertos de la costa al interior, el paisaje y las condiciones que en cada tramo se convertían en sorpresas (151-152).*

Sin embargo, Fayad parece jugar con nosotros y con nuestros recuerdos de páginas anteriores, y nos mantiene en un vaivén de espacios, historias y tiempos. Cuando ya creemos que El Líbano se fue, aparece un detalle sutil que nos arrastra nuevamente a él. “La lectura siempre es acto de memoria” (Rabinovich 197). Es el caso de la aparición de Abdalia, ella llega de Beirut cuando ya estamos familiarizados con los personajes, cuando estamos adaptándonos con ellos a Bogotá; Abdalia se convierte en una especie de fantasma que vuelve del pasado, su voz, el idioma, el aroma, la vestimenta, su

manera de comportarse nos remiten a los años de juventud de uno de los personajes, Muhamed, y también a nosotros nos seduce. Abdalia es un recuerdo hecho presente, tomarla a ella implica volver al Líbano:

*(...) Le tomó una mano a Muhamed y se la apretó. Él le devolvió la sensación de fuerza y le tomó la otra mano, le recorrió los brazos con un toque suave hasta los hombros y la atrajo de pronto arrebatándola de su sitio como ella quería. Le dio ese abrazo y le correspondió con las caricias que ella propuso desde el comienzo. Aún de pie se quitaron las ropas y se besaron con la decisión de ella. Muhamed la sujetó por los muslos con los brazos encadenados y la alzó, la cargó hasta la cama y la tendió sobre la colcha y la dejó colmar en él su vigilia. Y también él colmó una distinta, súbita, al oírle las palabras resonantes que hacía mucho no escuchaba en su idioma, y reconoció en el pelo de ellas las sedas y los aceites perfumados que conoció de joven (245).*

En este apartado también se evidencia un cambio en las costumbres de los personajes, Abdalia es una mujer casada, y en El Líbano seguramente nunca le habría sido infiel a su esposo. Lejos de su país se rige por nuevos códigos. Este hecho hace parte de esa hibridación de la que hablamos y que cobra mayor fuerza en las nuevas generaciones. Los personajes se contradicen a sí mismos, pero esto no es una característica negativa, es una condición normal dado el proceso que han vivido. Es así como Hassana, una mujer fuerte que desde un comienzo demostró su deseo de ser una mujer distinta a lo que se esperaba de ella en su país, termina criticando a una de sus nietas por salirse de los parámetros de su cultura:

*Contó que una nieta le estaba dando disgustos al abuelo Hichán con sus ocurrencias de aplazar su matrimonio. La pretendía un ingeniero que no tenía que ver con los paisanos pero que ocupaba el mejor puesto en su profesión y ella aspiraba a graduarse en cursos de publicidad y de turismo” (314).*

### 2.3.1 MEMORIA, RUPTURA Y LENGUA

En *La caída de los puntos cardinales* no hay palabras escritas en árabe, ni siquiera cuando los personajes viven en El Líbano, no obstante, los pasajes que se desarrollan en Beirut dan cuenta de la ciudad, el interior de las casas refleja las costumbres de los libaneses, las expresiones del padre de Dahmar nos muestran la cultura, los saludos nos ubican en otro lugar lejano al nuestro: “*Que la salud sea contigo y la luz brille en tu noche*” (22), *Yanira, sol de la casa, custodia de mi hijo y dadora de mi paz*” (33), pero todo en español.

Surge el interrogante, ¿por qué Fayad no incluye expresiones en árabe en la novela? Quizás para mostrar desde la estructura misma lo que expresará el padre de Dahmar, cómo se construye una cultura desde la influencia de otras, cómo una lengua termina adquiriendo palabras de otras lenguas, cómo sin saberlo los libaneses aprendieron rápidamente el español y cómo los locales incorporaron a su vocabulario nombres de comidas, objetos y prendas: la lengua es identidad:

*Dahmar empezó a aprender con él frases en francés y en inglés, y en los últimos días lo oyó hablar de su intento de preparar con base en esos dos idiomas una lista de signos y un glosario de textos arcaicos en árabe. Confiaba en que pronto Dahmar se sintiera capaz de colaborar con él. El fin era rescatar su historia con la influencia ajena aprovechando la otra manera de ser. /—El vestido no es el pensamiento— le dijo a Dahmar (72).*

*Rescatar su historia con la influencia ajena aprovechando la otra manera de ser.* Esta frase encierra el sentido de la novela: rescatar la historia a través de la memoria, en este caso memoria que da cuenta de la hibridación cultural, reconociendo todos los elementos que construyen la identidad de un pueblo, los propios y los de afuera, aprovechando la diferencia para construir puentes, para realizar intercambios culturales. La lengua es parte de lo que somos, nos define y nos exterioriza, aprender la lengua del otro nos permite conocer no sólo su mundo interior, sino su pueblo.

El sayid Abderrahud, padre de Dahmar, es un hombre respetuoso de la diversidad dentro de los límites de lo que es el otro, es decir, si llego a tu país aprendo tu lengua

como una manera de respetar tu espacio y de lograr adaptarme al mismo. Él encarna el conocimiento. En un pasaje en El Líbano, el sayid vive una experiencia incómoda con un coadjutor de la Universidad de los Jesuitas, el sayid es un maestro y fue hasta allí a ofrecer sus clases de árabe, *su oferta incluía una historia del idioma y su aplicación en los estudios científicos* (72); el sayid tuvo que hablarle en francés, porque el jesuita no conocía su lengua, situación que incomoda al sayid ya que están en su tierra. Surge entonces una discusión sobre el idioma, y la importancia de las lenguas, el poder político y religioso que trae consigo. *“Con lo que vamos aprendiendo es suficiente –dijo el coadjutor–. Nuestra tarea es hacer que otros se acerquen a nosotros”*. Más adelante: *“No quiero juzgarlo mal –dijo el sayid Abderrahud–, pero usted habla con el ansia de emprender otra cruzada”* (73).

¿Qué habría pasado con Dahmar si no hubiese aprendido el español? ¿Habría logrado el estatus que consiguió? La palabra, la lengua, es el arma con que llega a enfrentar al otro, con que conquista poder, clase y territorio. Por ello, es el primero del grupo de recién llegados que habla español, luego los demás irán aprendiendo por caminos distintos, pero al final todos hablan esa lengua que en un comienzo les fue extraña y lejana:

*[...] no escucharon los deseos de paz y de que la luz brillara en ese día para el prójimo, sino un conjunto de preguntas agrupadas que venían de ambos lados, cortas, pegadas una de otra, repetidas en su sentido, referentes a la salud y al progreso personal y sin dar lugar a una respuesta* (126).

En el caso de Yanira, aprendió sus primeras palabras por Vicenta, su empleada, su acercamiento al idioma local está dado por su necesidad de interactuar con la persona encargada de ayudarla con las labores de la casa; Dahmar, Muhamed y los hermanos Kadalani, por negocios; Hassana, por sus ansias de ser libre y alejarse de las normas femeninas impuestas en su país.

A medida que pasa el tiempo el afianzamiento con el español es tanto que incorporan expresiones locales en sus conversaciones, *“está montando una empresa con todas las de la ley, como dicen aquí”* (123), cada vez adquieren mayor fluidez hasta que termina siendo normal. Lo que un comienzo fue vital para seguir arraigados a su pasado, termina quedando también en el olvido o sólo llega al presente como un eco de algo que ya no

está. Las nuevas generaciones no conocen el árabe, no les interesa y no hace parte de su presente; en los que ahora son ancianos, es un recuerdo, y vuelven a él cada vez que sienten nostalgia de su pasado, cuando no quieren que los demás les entiendan o en ciertos rituales, como la muerte del padre de Dahmar:

*Las voces salían en abundancia de la sala y a través del patio llegaban a la cocina. Eran las voces árabes de la visita de condolencia en la casa de los Abderrahud, que se repetían cada día y que Vicenta, la muchacha que ayudaba en los oficios, oía sin entenderlas (105).*

Los libaneses volverán a su lengua cada vez que les sea posible para mantenerse unidos, para reconocerse, para no olvidar quienes son. Existen algunos momentos cruciales en este sentido, todos atravesados por Dahmar: el primero es cuando muere su padre (mencionado anteriormente); el segundo, al momento del arribo de los Kadalani a Bogotá, los hermanos llegan después de un año de vivir en Barranquilla, y cuando se reencuentran con Dahmar, este siente gran ansiedad y deseos de hablar en árabe con ellos; el tercero, al final de la novela, Dahmar está a punto de morir, siente nostalgia de su pasado en El Líbano, vuelve siempre a él, y espera a Muhamed para hablar en su lengua.

Ahora bien, también para los locales resultan extrañas las voces de una lengua totalmente desconocida para ellos, lo que aumenta su curiosidad sobre los que llegan, e incluso en algunas ocasiones se convierte en una excusa para rechazarlos:

*– Cada uno me va diciendo su nombre, letra por letra, y eso no quiere decir que se les da la entrada sino que quedan registrados en la policía. Tuvieron alguna dificultad para transcribir las aes y las úes cerradas del árabe, que interpretaron como oes y ees en castellanos, ausentes del otro idioma (86).*

El papel que juega en este sentido la empleada de los Abderrahud, Vicenta, es muy interesante: Vicenta, recién llegada a la ciudad, se convierte en empleada de los

Abderrahud gracias a una tía suya que trabajaba cerca de la casa de la familia<sup>8</sup>. La percepción de la tía acerca de los Abderrahud es que son “buenas personas” y dice que “son de otro país” sin especificar ni importar mucho de cuál, el punto es que son extranjeros. Vicenta tiene tan sólo once años, y ya se ha visto afectada por las *migraciones internas*, acaba de llegar del campo, la ciudad es algo nuevo para ella y está aprendiendo sobre el entorno al igual que los Abderrahud; aunque claro está, en condiciones muy distintas. Yanira también es muy joven, aunque no se precisa con exactitud cuántos años tiene se insinúa que es menor de edad a su arribo al país. La condición de ambas las lleva a establecer más una relación de amistad que de poder y para comunicarse deben acudir a las señas.

Poco a poco Yanira aprende palabras en español que le enseña Vicenta, esto facilita sus labores y sus interacciones en la cotidianidad, “*a los cinco años de su llegada, el vocabulario de Yanira se había enriquecido en gran parte con las palabras que le enseñaba Vicenta. Si Yanira no entendía, Vicenta movía lentos los labios frente a ella, envanecida de enseñarle a su señora*”; mientras que Vicenta no aprende nada en árabe, y aunque reconoce los pictogramas por las cartas que llegan desde El Líbano sólo sabe su contenido porque Yanira le cuenta las historias que vienen desde Beirut:

*Vicenta vio de lejos la primera carta y se desconcertó con los trazos que no alternaban con los que les enseñó la maestra rural. Un día tomó una carta y pasó por la casa donde servía su tía. En los signos que en vez de letras llenaban la página, a ellas dos les pareció ver un pez que las miraba.*

*– Lo que no puedo imaginarme –dijo la tía–, es que esos dibujitos puedan decir algo, por bonitos que sean.*

*– Yo se lo que dicen, tía.*

*– ¿Tú? ¿De dónde? Si casi no sabes leer lo que se entiende.*

*– La señora Yanira me lo cuenta –dijo Vicenta–. Yo se quién es su prima Soraya.*

*[...] Yanira traducía en voz alta trozos de la carta o se las resumía a Vicenta (148).*

---

<sup>8</sup>La historia de Vicenta es muy similar al argumento de *La carta del futuro*, relato breve de Fayad publicado en 1993, que narra la vida de una empleada doméstica en Bogotá.

Vicenta vive en un ambiente árabe, vivirá con la familia toda la novela, conoce sus costumbres aunque nos las entienda, se relaciona fácilmente con Muhamed y cría los hijos de la familia, sin necesidad de aprender su lengua. Para ella no es vital, mientras que para los que llegan es imprescindible; los locales no deben afianzar ninguna identidad con la lengua porque están en su territorio, los foráneos deben moldear su identidad y aprender español para lograr penetrar el nuevo lugar.

Al final de la novela las nuevas generaciones han perdido la lengua árabe, los nombres de los nietos mezclan ambas lenguas, como Hichán Antonio, sólo los que ahora son ancianos todavía charlan en su idioma, suceso que nos muestra cómo las familias terminaron fusionándose con la sociedad bogotana al punto que El Líbano es recuerdo, tanto las costumbres como la lengua. Pero para volver a ello, tenemos la novela misma, que a su vez está contenida en el deseo del padre de Dahmar de escribir sobre los viajes, las culturas y los idiomas.

Algo similar sucede en El Líbano, donde los nombres también han cambiado a raíz de las invasiones: “[...] *por la calle, oyó que una mujer llamaba a una niña por el nombre Jeannette Michele, y no por ser hija de un francés. Ni siquiera su ahijada, a no ser que sus padres se sintieran apadrinados por los franceses*” (191). Ya sea a la fuerza o motivadas por un deseo de cambio, unas culturas terminan fusionándose con otras.

Al comienzo de este capítulo mencionamos que en *La caída de los puntos cardinales* no se encuentran palabras en árabe, pero sin duda éste está presente no sólo en las menciones de que era la lengua empleada en las conversaciones entre paisanos, sino también en el lenguaje mismo de la novela: preciso, riguroso, lleno de silencios y miradas, ceremonioso y poético. Casi podríamos hablar de una continua traducción que en lugar de traicionar la lengua original termina siendo *una manera de dar a conocer* El Líbano y Bogotá.

### **2.3.2 LA MEMORIA, LA RUPTURA Y LAS CARTAS**

Las cartas juegan un doble papel en la novela, por un lado, hacen parte de todo el discurso planteado en el apartado anterior sobre la lengua como identidad, y por otro, son el puente entre Beirut y Bogotá. Las cartas mantienen vivo al Líbano, los familiares

que se quedaron allá existen a través de ellas, es por esta condición que Beirut queda suspendido en un no tiempo, en un no espacio cuando cesa la correspondencia del sayid Abderrahud, padre de Dahmar, y de Soraya, prima de Yanira. En el momento en que el puente se cae, los puntos cardinales también se caerán y la única forma de volver a ellos será a través del recuerdo.

La muerte del padre de Dahmar ya la estudiamos en el apartado 2.2, pero todavía tenemos algunas cosas por agregar. La sensación de desarraigo de Dahmar sale a flote por la llegada de una carta en la que se anuncia la muerte de su padre, pero lo irónico es que esa muerte ya es parte del pasado, han transcurrido varios días desde que murió el padre y él no se había enterado. Ese puente que lo unía con sus ancestros y sus raíces, ha desaparecido, la sensación que queda entonces es que *“todos en el Líbano se habían muerto”* (102). Su padre es El Líbano, es su identidad, es su pasado, es su memoria.

Las cartas guardadas en un cajón son la prueba de que Beirut existe, ¿ahora qué pasará? ¿dónde está su país? ¿dónde está su identidad? Viene entonces a la memoria de Dahmar el deseo del sayid de que él lo ayudara con la lista de signos y el glosario de textos arcaicos del idioma árabe, con el objetivo de recuperar los ancestros, la memoria. Pero no lo hizo, aunque en un comienzo recopiló información para escribir: “[...] *estaban guardados unos pocos libros de crónicas de viajes, en especial los que describían la ruta desde los puertos de la costa hasta el altiplano. Dahmar venía adquiriéndolos con la intención de escribir su propio relato y enviárselo a su padre*” (102), todo quedó guardado en el cajón y el presente en Bogotá lo distrajo del proyecto.

Las palabras enviadas en las cartas, los proyectos, las ilusiones del padre y su hijo quedaron plasmadas en el papel, como una manera de ganarle al olvido, siempre estarán ahí para recordarle a quien las lea la historia de una familia que hizo *historia*.

En el caso de Yanira y su prima Soraya, en un comienzo las cartas que van y vienen dan cuenta de la situación política de cada país, se convierten en una radiografía de los acontecimientos históricos de una época, narrada desde las experiencias personales. Las situaciones son parecidas; sin embargo, la sensación de lejanía les hace creer a una y a otra que las guerras son distintas y lejanas:

*Soraya le contaba del contrabando de armas de Yusuf en África y del buen negocio y del buen negocio en el futuro. Con lo bien que vivía allá, no se qué empujó a mi hermano a volver a Beirut. Yo no alcancé a verlo. Uno de sus socios, desconocido para mí, me dijo que lo trajeron las ganas de venir. A la entrada la policía lo sorprendió armado y sin más indicios lo encarceló por sospechoso de conspirar contra el bajá turco. El socio me contó que no pudo sacarlo de la cárcel bajo ninguna fianza y que a Yusuf lo enardeció su inocencia. Mató a golpes a un guardia y los demás lo mataron a él tiraron el cadáver a la calle. Yo contraté al criado de unos vecinos para rescatarlo y buscarle una tumba al lado de mis padres. No le pedía ayuda a ninguno de mis tíos después de las opiniones que tuvieron de él. Te mando esta noticia allá, donde quedará enterrada para siempre. Ahora se menos que antes lo que debo hacer, y antes no sabía nada. Esta casa solitaria es para mí un laberinto. Ya no tengo la ilusión de que un día mi hermano venga a acompañarme, y si era una ilusión falsa, al menos me ayudaba a vivir (...) Si me escribes, por favor, no te esfuerces en contarme nada. Tú misma no te has dado cuenta de lo que has cambiado como si no fueras de aquí. Qué necesidad hay de escribir cosas extrañas al lado de tu nombre (186-187).*

Como vemos en este fragmento, desde la experiencia de un personaje anónimo, que escribe una carta, descubrimos la realidad de un país en guerra que parece estar lejano, sus palabras son un eco de El Líbano que al llegar a su destino se perderán en el olvido del tiempo y del espacio: *Te mando esta noticia allá, donde quedará enterrada para siempre.*

Adicional a lo anterior, las cartas son atemporales, por tanto lo que contienen ya es pasado en el instante en que para el lector son presente, así se van convirtiendo en un montón de vivencias, de detalles y de pensamientos anteriores (cuando Soraya recibe una foto del primer hijo de Yanira siendo bebé, éste ya camina). Por esta condición Soraya siente que su prima es una persona desconocida, para ella es más difícil imaginarla en ese nuevo espacio, en un lugar tan remoto, y al final se queda con la sensación de que incluso *“los recuerdos se van muriendo”*. Se mueren para Soraya porque ya no tiene manera de evocarlos.

Las cartas se van haciendo cada vez más esporádicas, ambas están tan lejos, en mundos distintos, viviendo de maneras diferentes un proceso de cambios y adaptándose a otras culturas, hasta que llega el momento en que es sólo un recuerdo, un proceso tal vez necesario para lograr vivir en el presente.

*Pasado más tiempo, Yanira no supo si era su turno de escribirle a Soraya o si era ella quien le debía la carta. Sin darse cuenta ninguna de las dos volvió a saber nada de la otra. Ni de oídas ni por escrito. No supieron nada nuevo de su vida, ni supieron si se habían olvidado la una de la otra ni cuál de las dos murió primero (191).*

Finalmente, en el último capítulo, las cartas enviadas entre padres e hijos, la vieja generación con la nueva, están escritas en español, y aunque siguen cumpliendo el papel de mantener lazos, de construir puentes, los nuevos puntos cardinales los obligan a emplear otra lengua, a tejer otros lazos.

### **2.3.3 LA MEMORIA, LA RUPTURA, LOS OBJETOS Y LAS COMIDAS**

La ruptura de la que hemos venido hablando, tanto de la lengua como de las costumbres, inevitablemente se desplaza también hacia los objetos y las comidas. Existen dos objetos en particular en la obra que hacen parte vital de la vida de los libaneses: el taule<sup>9</sup> y el narguile<sup>10</sup>. En el caso del taule, los hermanos Kadalani lo traen desde Beirut, de hecho, se lo han robado a un tío que a su vez se lo había robado a ellos, ya que era una herencia de su padre. Ellos traen consigo un objeto que les hará recordar el lugar de donde vienen, es la memoria de su padre, de sus antepasados, es un objeto de arraigo: “*Quiero llevármelo en el viaje. Es el mejor recuerdo que tendré de aquí*” (53).

Es interesante cómo el taule desde que sale de El Líbano pasa a ser recuerdo, sacarlo de su lugar de origen le hará perder su actualidad, su presente. Con el paso del tiempo, será un objeto decorativo, histórico, perderá su valor de uso, será un objeto de evocación.

---

<sup>9</sup>Juego de salón que nació en Medio Oriente, consiste en un tablero dividido en cuatro cuadrantes (divididos a su vez en dos cuadrantes) con 24 casillas; cada jugador tiene 15 fichas y avanza lo que indican los dados. Gana quien consiga sacar todas sus fichas del tablero.

<sup>10</sup>Pipa de agua caliente para fumar; es un recipiente en forma de botella sobre el cual se pone el tabaco, y en este se encuentra el carbón. Cuando se aspira aire por el tubo que sale de la botella, el carbón quema el tabaco y el humo del tabaco pasando por dentro de la botella se lava en el agua caliente y llega a la boca.

Por su parte, el narguile, sigue un proceso similar, pasa de ser el centro de las reuniones y las charlas, a servir como objeto decorativo, pierde su valor de uso, o mejor, se transforma. El cambio de entorno, de costumbres, el desplazamiento, afecta también lo inanimado. Vemos otros cambios importantes, por ejemplo, la olla del café es más importante que la tetera, y los trajes (el tarbuch) terminarán guardados en el baúl, para ser luego objeto de juego, disfraces, entre los más chicos. De hecho, el día de la misa por la muerte del padre de Dahmar, los paisanos estaban vestidos igual que los nacionales, sólo se diferenciaban en el paraguas: vestido oscuro de tres piezas, camisa blanca de cuello almidonado, corbata negra y sombrero; las mujeres, traje negro de una sola pieza de los hombros a los pies, del sombrero les caía un velillo sobre la cara.

La comida del Líbano, por su parte, se fusiona con los ingredientes locales y conviven en la misma mesa el patacón con los kibbes y tabules. En un comienzo Dahmar desea mantener sus costumbres en este aspecto, y para ello, importa algunos ingredientes, pero con el paso del tiempo se hace inevitable acostumbrarse a lo local<sup>11</sup>.

---

<sup>11</sup>No nos detendremos en este punto ya que sólo con mencionarlo damos cuenta de las transformaciones y desplazamientos de las costumbres de los inmigrantes. Analizar la fusión culinaria, la presencia de la comida árabe en Colombia da para otra investigación.

## CAPÍTULO III

### DOS CONCIENCIAS Y UN PENSAMIENTO

*Los relatos de vida constituyen una vieja práctica  
para devanar y poner en forma una memoria privada...  
la memoria de una existencia como de un oficio,  
establecen vínculos entre las generaciones  
y transmiten a los más jóvenes fragmentos  
de antiguos saberes y habilidades.*

Michel de Certeau

Luz Mary Giraldo señala que historia, ciudad y lenguaje, entre otros “factores nucleares” “han intervenido en la nueva actitud de los escritores colombianos y latinoamericanos para definir los planteamientos de su desarrollo literario” (De cómo 16); dichos factores son clave en la narrativa de Fayad, y en esta novela, sin duda, surgen convertidos en una especie de estructura: “conciencia histórica, pensamiento ciudadano y conciencia del lenguaje como estructura” (Giraldo, 1994, 16). Por esta razón, a continuación, los analizaremos uno a uno.

#### 3.1 CONCIENCIA HISTÓRICA

*“Una realidad que ha dejado huellas, indicios”*

*Chartier*

*La caída de los puntos cardinales* sin llegar a ser una novela histórica o una nueva novela histórica, recorre la memoria de la ciudad y busca a través de lo histórico reconocer a la Bogotá actual. Para lograrlo Fayad toma momentos de la historia nacional que marcan cambios en la ciudad, aborda lo social y lo político como parte esencial de la vida de los personajes de aquella época, rastreando así esa huella que permanece en las generaciones siguientes. Este elemento fundamental lo entenderemos como esa *conciencia histórica* de la que nos habla Giraldo:

La conciencia histórica, asume la experiencia nacional o latinoamericana en sus nexos con la historia universal y occidental. El sentido de la historia ha formado parte integral de nuestra literatura al establecer una participación activa, desde las manifestaciones americanistas de fines del siglo pasado y principios del presente, hasta asumirse de manera más elaborada y comprometida en la novelística de los sesenta (Giraldo, 1994, 16).

Lo histórico atraviesa toda la novela, sin necesidad de citar fechas concretas, Fayad construye un mapa histórico de Colombia y de El Líbano, pero no como una sucesión

de acontecimientos, sino como un hecho que afecta la cotidianidad de cada uno de sus personajes. Así, a medida que transcurre la novela, la vida de cada personaje está influenciada por un hecho histórico, quienes en algunos casos viven sin tener conciencia de esta coyuntura o en otros con pleno conocimiento de las repercusiones que le traerán en lo personal. Desde esta perspectiva, en la obra no hay personajes pequeños, por tanto, esas historias en apariencia pequeñas terminan marcando grandes momentos, porque aunque ciertos personajes no tengan claro los problemas de la ciudad que habitan ni del país ni cómo estos les afectan en el nivel macro, sí reconocen su importancia en lo micro, en lo cotidiano, que no por ello, los hace irrelevantes.

Cada personaje se convierte en un ser histórico, vive su presente pero sin dejar del todo su pasado, trae consigo una historia personal y familiar que marca su ser actual, que actualiza su presente. Ese reconocimiento como seres históricos es lo que facilita el recorrido por hechos concretos de la historia nacional y universal, ya que al entrelazar las vivencias de los personajes con dichos momentos construimos un mapa más cercano y fácil de leer, un mapa con el que podemos sentirnos identificados. En palabras del autor:

En mis novelas, hasta ahora, la historia universal está al lado de la historia particular de los personajes, no se destaca más. Se destaca lo individual de cada personaje, sobre todo su relación con los demás. En *La caída de los puntos cardinales* intervienen las historias de Colombia, del Líbano y del continente Americano, que son un resumen de la historia del mundo y sirven para componer las historias personales de los personajes (Herrera, párrafo 9).

Para entender mejor este punto, leamos el siguiente fragmento en el que Vicenta – empleada de la familia Abderrahud, eje central de la novela– charla con el sargento Robledo –hombre con quien sostiene una relación amorosa– sobre los problemas políticos y sociales del momento; en este diálogo se refleja el sentir de dos personas del común ante problemas de gran envergadura y su opinión de los mismos:

*Una tarde Vicenta le preguntó:*

*– ¿Y usted qué opina, sargento, de la noticia sobre los hechos delictivos en el Ministerio de Guerra?*

*– Nada, Vicenta, no me consta.*

– *Dicen que hay altos empleados implicados.*

– *De eso sé menos.*

– *¿Y será verdad que los oficiales descontentos preparaban un golpe el día de la revista militar, o será para ocultar los actos delictivos?*

*Que haya descontento no lo sé, y si dan el golpe es cosa de ellos, a mí lo que no me gusta es que usen a los soldaditos para hacer los mandados. Eso es lo que me consta (285).*

Los personajes terminan por ser un testimonio de la historia, demuestran que hicieron parte de ella y que estuvieron allí en los momentos más importantes, Bogotá (y en parte Beirut) “está vista a través de los personajes” (Arévalo 250): se habla de progreso en las calles, se lee El Capital, se escuchan los parnasianos, se sienten las protestas campesinas y estudiantiles, se habla de la guerra en las montañas, se pelea por el petróleo, se levantan las calles y llegan los autos. Y así, a pasos agigantados, crece Bogotá, se conquista y se hace una ciudad.

La novela avanza y nos encontramos con toda la coyuntura política de finales de 1899 y comienzos de 1900, no sólo de Colombia, sino del mundo: guerra de los mil días, separación de Panamá, asesinato de Gaitán, desmembramiento del imperio otomano (éxodo de sefardíes turcos y balcánicos), lanzamiento de Gabriel Turbay (hijo de padres libaneses), entre otros. En el libro no hay fechas, sino acontecimientos históricos que nos ubican en el tiempo y en el espacio, con el objeto de dar testimonio de una época, de reconocer las huellas de la ciudad sin tener que construir un texto histórico.

Ciudad e historia se compenetran, la vida de seres particulares con los acontecimientos históricos se compenetran, porque como dice Bachelard “para el conocimiento de la intimidad es más urgente que la determinación de las fechas, la localización de nuestra intimidad en los espacios” (40); la intimidad de la humanidad.

De esta manera, Muhamed nos muestra los pormenores de la guerra, nos enfrenta con los conflictos políticos y partidistas de nuestro país, con los dirigentes corruptos, y con ese país macondiano de García Márquez (un fallido golpe de estado). De hecho, al llegar al país Dahmar pregunta por la guerra y la respuesta que recibe evidencia la

situación que se vive: “aquí sólo nos llegan los ecos. La guerra es más al interior” (87).

Muhamed decide participar en la guerra, ya que no pudo luchar en su país ni defender su tierra, pelea en otro territorio, porque finalmente en cualquier lado se persigue lo mismo: un mejor futuro. Muhamed duró tres años en la guerra y *lo que hacía era arreglar los días del futuro*, pero al final “*en su interior reconoció que lo suyo en esos años fueron ilusiones, no del mundo como era sino como podía ser*” (143).

La información sobre esta situación del país es fragmentada, la guerra se presenta como algo confuso, los personajes cuentan lo que han escuchado por voces de otros, existen diferentes versiones, cada personaje la vive de manera diferente, pero la novela termina mostrando una radiografía del conflicto de Colombia, a través de la reconstrucción de los acontecimientos por parte de los personajes:

*La guerra continuaba entre la misma gente que él veía llevando su vida cotidiana. La hostilidad se alternaba en los pueblos. Los que habían tenido el mando pudieron conservarlo compartido con sus contendientes, en un concilio que empezó y terminó en la cima del escalafón. Muhamed se mantuvo en una huida continua. Se le habían acabado los deseos de hacerse matar como si ya no le diera el derecho a nadie. Los caseríos de población negra en los que se refugió durante la guerra quedaron atrás y aparecieron las aldeas de los que usaban ruana, descendientes de los más antiguos, al lado de la generación de los colonos y otra en la que confluían las demás. Muhamed quiso hacerse pasar por todos y no pudo ser ninguno (137).*

Muhamed es un hombre en búsqueda de una identidad, igual que El Líbano y Colombia, el hombre como los países están sufriendo cambios, están inmersos en la confusión: Muhamed se halla en una guerra que no entiende, entre bandos que no se perfilan, en situaciones absurdas como el fallido golpe de estado al presidente que visitaba Popayán, que termina reflejando la incertidumbre y cómo muchos no tienen claro su futuro, ni el camino a seguir.

– *Usted es nuestro prisionero, señor presidente.*

*El presidente observó sin alterarse. Muhamed vio estaba más indignado que temeroso.*

*– ¿Qué está diciendo usted?*

*– Que usted está detenido, señor presidente. Un suplente espera la comunicación en el Palacio para tomar el cargo.*

*El gobernador se adelantó hacia el hombre vestido de civil.*

*– Oiga, doctor Suárez ¿qué le pasa a usted? –y se dirigió al hombre uniformado–. ¿Qué pasa aquí teniente Obando?*

*Entonces Muhamed supo que el oficial y los soldados eran auténticos.*

*–Esto es en serio, señor gobernador –dijo el doctor Suárez–, y por favor, no se interponga que no queremos hacer uso de las armas.*

*Muhamed vio que otros hombres de civil estaban del lado del doctor Suárez.*

*Uno de ellos explicó que en las comandancias del país esperaban el mensaje para reconocer al nuevo presidente. El hombre permanecía a su lado más atento que él. El gobernador intentaba imponer el orden y, sin fijarse en él, el presidente se le adelantó. No se movió de su sitio y se abrió paso con la voz.*

*– Ustedes no pueden detenerme porque no tienen autoridad.*

*El doctor Suárez demoró en contestar, como si ya no estuviera seguro.*

*– Yo tengo órdenes y eso me da derecho.*

*– Mi autoridad es mayor –dijo el presidente. Los que iban a apresararlo se quedaron callados. Por fin uno dijo:*

*– Esto es sólo un cambio de gobierno. No queremos derramar sangre.*

*El presidente no se movió de sus sitio y de nuevo su voz cruzó por entre los demás.*

*– Yo soy el presidente. Nadie puede ponerme preso-*

*Los demás vacilaron y ninguno habló. El presidente, con movimientos serenos, volvió a tomar el mando. Le dijo al gobernador que los funcionarios de civil quedaban destituidos, le ordenó al teniente ir a pedirle a su superior un castigo por insubordinación y mandó a los soldados de vuelta al cuartel. Hubo una pausa y en el silencio todos parecieron otorgar. Muhamed vio que el hombre a su lado sacaba un revólver [...] Muhamed lo vio apuntar con firmeza a los que ocupaban el vestíbulo, incluidos sus*

*aliados, y lo oyó decir que la acción no se detenía. Un soldado se le vino a paso lento con la bayoneta calada y el hombre se endureció más.*

*– Pendejos –lo oyó musitar Muhamed–. Están al lado del que ni palos les da (176).*

Este apartado está cargado de ironía, de humor negro, es un espejo de la situación absurda que atraviesa el país: la multitud que esperaba ver derrocado al presidente termina alabándolo cuando este sale al balcón. Una situación similar encontramos en la historia de la pelea de un pueblo por una virgen, porque cualquier situación es excusa para el enfrentamiento:

*Él le contó que cuando les dijeron que la guerra se había terminado, los habitantes de un pueblo le exigieron a los del otro la devolución de una estatua de la virgen que por derecho pertenecía a su iglesia. Los habitantes del otro pueblo tenían fama de rezar menos, pero defendieron con el mismo fervor la propiedad. Una marcha de gente armada con machetes y palos se apoderó de la estatua y la llevó a su iglesia, y al cabo de una semana una marcha similar la recobró. La segunda vez hubo heridos graves y los párrocos procuraron no alentar los ánimos ni desalentarlos tampoco. A los pocos meses, cuando Muhamed se alejó del lugar, supo de un nuevo asalto para cargar de vuelta la imagen de la virgen (141).*

Al final, Fayad pone en evidencia cómo la guerra ha hecho que todos pierdan: *Usted y yo quedamos convertidos en un par de huérfanos porque perdimos la guerra (138)*. El mapa de la crisis que se vive es claro, efectivamente todos pierden algo: a Vicenta le matan a un hermano, los pueblos terminan arrasados, los desplazados aumentan, a Dahmar se le complican los negocios, a Muhamed se le va apagando la vida y las ilusiones.

En medio de todos estos pasajes, Fayad realiza un magistral reconocimiento a la obra garciamarquiana, fundiendo la realidad con la ficción: “[...] *presenció el momento en que iban a fusilar al coronel Aureliano Buendía y no lo fusilaron, estuvo presente en la toma de pueblos, cuidó prisioneros y fue centinela de confianza en los cuarteles*” (136), sacándole nuevamente al lector, una sonrisa de complicidad, de sobreentendidos.

Así, página a página vamos (re)conociendo nuestra historia, nuestro pasado. En otro apartado, en que los hermanos Kadalani viajan al puerto de Sabanilla a averiguar por una mercancía de Dahmar que estaba atrasada, se sienten nuevamente los ecos de la guerra en las provincias:

*[...] los oficiales de aduana estaban vigilados por el ejército del gobierno. Procuraban impedir que al ejército liberal le llegaran las armas. «La mercancía es pesquisada a fondo –le escribieron a Dahmar–. La guerra en la costa se nota ahora más. Los vecinos han sido llevados a filas o detenidos, y más al interior se oye hablar de fusilamientos»./ «En Bogotá la guerra no existe sino en los periódicos –les escribió Dahmar–. Desde aquí se dan las órdenes pero no se padecen» (119).*

*[...] Al encargado anterior lo enrolaron en el ejército como a los jóvenes de la región. Otros corren a unirse a los liberales y la guerra se agranda. [...] El contrabando se facilita a causa de la guerra –le escribieron a Dahmar–. Los soldados andan en busca de municiones y tienen orden de no entretenerse en nada más. Aquí, como allá, la guerra sirve para que unos caigan y otros se enriquezcan (124).*

La guerra es algo que tienen en común los dos países, en El Líbano padecen la invasión turca y las divisiones internas entre las diferentes religiones (drusos, chiítas, sunnitas y maronitas); mientras que en Colombia se vive la violencia de partidos. En ambos lugares hay mezcla de culturas, de religiones, de creencias, de identidades; una mezcla que aunque dada a la fuerza termina siendo una transformación al fin y al cabo. Incluso hay un fragmento de una carta que le escribe Soraya a Yanira, en que bien se podría estar hablando de Bogotá y no de Beirut, porque en las dos ciudades el *progreso* y el cambio ha llegado:

*«Deberías estudiar aquí donde la historia cambia cada día. Aumentan los ruidos de la calle, hay más gente y se ven más construcciones. Y se oyen rumores de una destrucción total, por nosotros mismos o por los que nos invaden. Cerca de aquí no cesa el escándalo de los rieles que están*

*montando para un nuevo tren, pero por fortuna no tengo que aguantarlo. Yo no salgo mucho a ninguna parte» (149)*

Al interior del Líbano también se vive el desplazamiento, interno y externo. Todo el que puede marcharse del país lo hace, y los que no, se trasladan a otras poblaciones para protegerse, aunque deban cambiar de creencias. Este es el caso del tío de los hermanos Kadalani, quien se cambia de ciudad y se convierte en maronita para protegerse de la invasión francesa. El éxodo, con sus problemáticas y matices, se refleja en la vida de los personajes, es un problema universal.

*[...] habló de los viajeros que iban de un país a otro. Empezaba a ser notorio en esos comienzos de siglo. Dijo que se veía venir el final de la conquista violenta y empezaba la pacífica de otros que perseguían un provecho material y espiritual. / –Los árabes –les dijo– se han expandido por falta de espacio, pero no con las armas (130).*

La adaptación de la cultura libanesa, de la que ya hablamos, se consolida con la incursión en política de las nuevas generaciones, se menciona a un candidato a la presidencia de origen libanés. Aunque algunos utilicen este hecho, el de ser extranjero, para desprestigiarlo, otros ni siquiera piensan en ello. “*El nació aquí y ya se apoderó de nuestros antepasados*” (303). El hijo mayor de los Kadalani se gradúa en Derecho, y comienza a hacer vida política, porque los extranjeros en esta generación desean el poder político, algunos están a punto de subir al Parlamento. Esta incursión es una manera de pertenecer a un lugar, el poder para manejar las decisiones cruciales de un país, para opinar. Como en el caso de Gaitán, en que Fayad en unas pocas líneas expone a este líder político a través del hijo de Hichán, quien se declara opositor del mismo.

*Comentaron el renombre que alcanzaba por momentos un dirigente político surgido de las viejas líneas y con una bandera propia. Había empezado por hablar de pueblo y oligarquía y a su nombre propio, el de Gaitán, sus seguidores le antepusieron el de Caudillo. Muhamed lo había oído en uno de sus mítines y le quedó la impresión de que con su voz y su discurso iba a seguir reuniendo adeptos. / –Y tampoco es que le quede difícil con el descontento que hay –repuso Luis Pérez.*

[...] *El nombre del Caudillo significaba la oposición y debían quitarle importancia en los debates. Era inútil señalarlo de populista. La experiencia mostraba que no era motivo de desprestigio. Había que buscar testimonios, cierto o inflados por la necesidad, que demostraran que subleva los ánimos por afán oposición y que su avidez influía en el malentendido con los trabajadores y gente del campo. Él les devolvía culpas por la carencia en que vivían las familias de las periferias urbanas y buscaba más pruebas hasta en el acoso a las tribus indígenas, que quizá no sabían que el Caudillo hablaba por ellas. Él hacía responsables a sus colegas de la guerra, del pánico, de la pugna en que se enfrentaban todos los lados (303 - 304).*

El poder y el conocimiento de las leyes son una manera de ganar puestos y nombre en la jerarquía de una nación, razón por la que van desde la participación en las manifestaciones hasta a la lucha desde adentro del sistema:

*Desde otros sitios de la ciudad empezaban a llegar grupos de estudiantes que formaban una sola manifestación. El tráfico de la carrera séptima quedó interrumpido y las noticias anunciaron choques con la policía, disparos y bayonetazos, muertos y heridos (209).*

No obstante, se presentan situaciones de molestia entre los locales por el éxito de los extranjeros y su posicionamiento en el comercio; se critica a aquellos que los apoyan y se les acusa de antinacionalistas. Este problema refleja el éxodo de los pueblos y las dificultades del desplazamiento y las migraciones. Incluso entre los mismos paisanos, como es el caso de Bayur, quien no ha tenido tanto éxito y se queja de la situación de la clase media, él representa la otra cara de los inmigrantes libaneses, se resiente con la situación que favorece a los ricos: *Los ricos están felices y la clase media vuelta astillas.*

Es a través de todos estos detalles como la novela nos va atrapando en la vida cotidiana de los personajes, los problemas nacionales y los acontecimientos internacionales. Nos enteramos de los pormenores económicos, y por ende, de los problemas del llamado

*progreso. Se está gestando la política, inicialmente concentrada en manos de unos pocos, dictadores y caudillos, pero la clase baja y media comienza a pelear por sus intereses, estamos frente a la sociedad de las oportunidades, cualquier cosa puede suceder. Se habla en la prensa de los comités obreros, la proclama de un paro general, y la influencia rusa; de corrupción, de impuestos... la agitación socialista era intensa en todo el país:*

*Los empleados de los tranvías eléctricos se negaron ese día a prestar servicio público y los vagones quedaron estacionados en los garajes [...] Los empleados de los tranvías pedían aumento de personal conforme a la prolongación de los rieles a otros barrios. Muhamed comentó que el excedente de horas de trabajo en desacuerdo con los salarios se llamaba ahora plusvalía (198).*

También se menciona la matanza de las bananeras y los pasquines repartidos por estudiantes o sindicalistas, “*La United Fruit Company sobornaba a los funcionarios nacionales para hacer mejores contratos a su favor*” (212); de los atentados entre partidos, *ya no con hacha sino con pistola*; del tratado comercial con Estados Unidos, que pone en desventaja a las fábricas del país; del alza del cambio en la moneda; de la llegada de mejores máquinas; de los sucesos de abril del 48... Todo contado desde la cotidianidad de los personajes, para conocer cómo esa realidad les impacta, los envuelve. Por ejemplo, el paro le preocupa a Dahmar porque es posible que la huelga llegue a tocarlo directamente a él (todo parece indicar que así será), por su nuevo negocio, la fábrica de textiles; por cómo le afecta al personaje el suceso, es que éste es retratado en la novela.

Veamos un fragmento sobre abril del 48 que nos ilustra este paso de lo micro a lo macro, del interior del personaje al acontecimiento histórico, y del conflicto sobre su identidad que parece ser que nunca deja de existir. El extranjero siempre será un extranjero:

*Acababan de matar al Caudillo. Le dispararon balas de revólver en la nuca cuando caminaba por la carrera séptima. El gentío rugía que era hora de tomarse el poder. Muhamed esperó la orientación para ponerse a su lado.*

*Encontró hombres armados con machetes y estacas, uno de pronto con fusil. Muhamed corrió a su cuarto a buscar el antiguo revólver de Luis Pérez y lo sacó del fondo del armario donde lo conservaba desde su compra. Lo desenvolvió del trapo, pensó en que era su tercera salida después de la vieja guerra y del viaje al sur para derrocar al presidente y volvió a la calle. La Plaza de Bolívar se colmaba como en las marchas convocadas por el Caudillo, ahora en forma de remolino que no encontraba salida. Unos grupos iban a agolparse en el Capitolio y otros en el Palacio Presidencial, volvían en columnas aglomeradas y se encontraban con otras columnas en dirección contraria. Muhamed oyó que el presidente y los ministros estaban escondidos. Vio que por una calle se desbordaba una vociferante corriente erizada de aceros y palos y le unió su fuerza con el revólver en alto. El conjunto denso se desplazó y en su marcha se llenó de grietas y se aflojó y los pedazos se abrieron por varios costados. Muhamed siguió otra hilera que le pareció mejor encaminada y se dio cuenta de que no había nada que seguir. Desistió, caminó por la calle veintidós y de pronto se detuvo en la esquina de la carrera séptima. Esperó hasta asegurarse: tres hombres intentaban salir del montón y se escurrían lentos contra la pared. Otros siete se les acercaban en una hilera amenazante. Entre los primeros Muhamed reconoció al hijo de un paisano dedicado a la política y supuso que los de al lado también eran dirigentes. Los de la hilera los juzgaban por dejar solo al Caudillo y se les venían encima en plan de venganza. Muhamed debería estar al lado de los que acechaban a los dirigentes, pero con el revólver en alto se les puso en medio del camino.*

*– ¡Qué pasa aquí! –les gritó (311-312).*

*[...] Un clamoreo anunció que de los faroles de la Plaza Bolívar colgaban el presidente y los ministros. Muhamed se abrió paso en ese recorrido que le quitó el aire con riesgo de mandarlo al suelo y no vio lo que anunciaban. Vio tranvías volcados, un hombre con la taza de un retrete al hombre, joyerías y locales de ropa desocupados y hombres y mujeres heridos en el suelo por el paso de los otros. Muhamed tomó una sola calle, directo, sin desviarse ni detenerse hasta salir a calles más libres. El rumor de furia se iba oyendo menos. Acortó el paso, respiró con pausas y sintió el revólver en*

*la mano. Lo guardó en el bolsillo del saco, se detuvo y volvió la mirada. En el aire se elevaba el humo con manchas negras de los incendios.*

*[...] Las fotos de la prensa mostraban lo que Muhamed había visto y lo que siguió y su final con camiones cargados de muertos (312-313).*

En un par de páginas, Fayad nos ubica en un suceso fundamental en la historia de nuestro país, en unas líneas nos hace correr junto a Muhamed sin entender todavía los hechos, y junto con él, abandonamos la carrera, quedamos expectantes y escuchamos las noticias de la radio.

Los personajes evolucionan con los cambios del país, como es el caso de Dahmar, quien al ser un hombre de empresa ha ido cambiando de un negocio a otro de acuerdo a los avances del país pensando en las posibilidades de aumentar su capital. Empezó con el negocio de las telas, luego importó otros productos como comidas y objetos, más adelante entra en el negocio de las rentas y el préstamo de dinero, posteriormente cuando el asunto petrolero se convierte en tema del momento, decide buscar la forma de participar en él:

*Dahmar recordó las páginas de economía de los periódicos y se detuvo con mayor interés en un anuncio. Lo resaltaba porque algún día tendría que ver con ellos. El gobierno tomaba la iniciativa de explotar con capital nacional las zonas petrolíferas. Era probable que quedaran abiertas las licitaciones y Dahmar pretendía unirse a Jalil e Hichán y presentar una instancia como accionistas. Les dijo que la riqueza petrolera de la región oriental era formidable y existían ricos yacimientos en Guataquí (291).*

*[...] En la edición de un periódico se anunciaba la cumbre en México de países petroleros y usuarios. En una siguiente edición se leía el rechazo al proyecto de una parte de los voceros y en una edición posterior los voceros de otra parte anunciaron su victoria. Respaldadas por su propio acuerdo, las petroleras invadieron con hombres armados la zona del Catatumbo y desalojaron a los habitantes. Luis Pérez hizo circular más impresos de nuevas agitaciones, sucesos graves y estado de sitio por decreto del mismo Senado” (295).*

Gracias a Dahmar hacemos un recorrido económico y político no sólo por la realidad nacional, sino por la mundial, como es el caso en el que Dahmar pierde una mercancía, ya que el barco después de zarpar de Londres es atacado por *un submarino alemán*, que *lo había partido por la mitad con una descarga de proyectiles* (305). Al final de sus días, este personaje se enfrentará a una realidad más dura, la del olvido del Estado, reconocerá que este país no tiene memoria y él pasará a ser un habitante más de la ciudad:

*No le dolían tanto las pérdidas como el pago desigual. Él era la empresa privada y había tenido relaciones con el Estado, en tal caso él tenía obligaciones y el Estado debía protegerlo. Dahmar había cumplido con su deber y ahora comprobaba que a él no le cumplían de la otra parte* (307).

Paralelamente a estos acontecimientos, y con el transcurrir del tiempo, cambia la política en El Líbano: “*Cuando las tropas turcas sufrieron la derrota como aliadas de las alemanas en la primera guerra, los franceses entraron en Beirut, pusieron su gobernador y apoyaron en Damasco la subida de un Emir*” (190), pero ésta tampoco es la situación ideal para el país ni para sus habitantes, y las migraciones no se detienen.

[...] *Recordaron a los nuevos viajeros que seguían viniendo del Líbano. Los drusos sobre todo, que desesperados con el protectorado francés se rebelaron y les dieron guerra. Entre los que salieron, algunos andaban cerca y uno de ellos se apareció un día por el local. Les dijo a Abdalia y a Bayur que los franceses no habían mejorado nada y que su entrada era una invasión* (293).

Ahora, es sin duda el hecho que estos acontecimientos afectan a los personajes lo que nos mantiene alertas, su relación con la historia es lo más importante, y así de manera casi desprevenida hemos hecho un recorrido por casi 60 años. No es la historia el tema central de la novela, pero el autor se vale de ella para ponernos a reflexionar sobre nuestro presente, es inevitable reconocernos en esos acontecimientos y por tanto, terminar pensando en ellos como parte esencial de la actualidad.

No se debe pensar que se trabaja la historia como elemento temático o argumental, como recurso para novelar, o como temporalidad vacuamente interesante sino, como elemento que permite la toma de conciencia y de conocimiento de nuestras condiciones actuales, porque comprender el pasado significa saber quién es cada cual en la construcción de un destino individual, colectivo y literario (Giraldo, 1994, 17).

### 3.2 PENSAMIENTO CITADINO

El pensamiento citadino, *segundo factor nuclear*, enmarca el entorno en que se mueven los personajes, sus vidas y las formas de habitar la ciudad que construyen otro mapa, que está sobre el anterior, como un palimpsesto, un mapa que descubre un cuadro de época, una fotografía, hace memoria de aquello que aconteció hace un siglo, refleja las ruinas de las estructuras que fueron y ya no están. El pensamiento citadino evidencia cómo la memoria, al igual que la ciudad, se transforma. En palabras de Giraldo:

Las ideas relacionadas con las ciudades determinan una actitud, una mentalidad y una producción que identifica al hombre de la modernidad y de la burguesía. El espacio citadino adquiere presencia en la literatura como telón de fondo, como contraste con el espacio rural, en la tensión civilización-barbarie, o como imagen de construcciones arquitectónicas y diversidad de clases sociales (1994, 17).

Existen, entonces, diversas maneras de abordar la ciudad, no siempre nos enfrentamos al espacio caótico en el que el hombre se siente agredido o aplastado, hay otra ciudad, la que apenas se está gestando, a la que sus habitantes tratan de adaptarse pensando en el “progreso” y en las cosas positivas que le traerán los cambios. Fayad aborda en la novela, esa ciudad que se mueve entre dos pensamientos opuestos: por un lado, el pasado visto como atraso, y por otro, el futuro que se percibe como lo exitoso; en la mitad, los habitantes, quienes saben que algo está cambiando, que algo está por suceder y a pesar de no entender del todo el momento histórico que les ha tocado vivir intentan hacerse en ella.

En este espacio comienzan a confluír diferentes generaciones, quienes buscan maneras de arraigarse o identificarse con la ciudad, queriendo hacer parte de la historia que la hace y la habita. Fayad entra en este mundo desde lo literario y lo histórico, la ciudad y el sujeto son la memoria que necesita ser retomada, rescatada para enfrentar el nuevo

siglo con una conciencia de “ser urbano”. Desde esta perspectiva van surgiendo nuevas coordenadas que afectan a los ciudadanos y a las costumbres de la ciudad, los espacios internos y externos se van desmantelando para darles paso a otros que son también una forma de habitar y de ser:

La conquista de la ciudad como espacio ideal para vivir, según la construcción de las primeras ciudades latinoamericanas creadas por los conquistadores y colonizadores, se manifiesta hacia los años cuarenta en la dialéctica ciudad-habitante, hasta captarse en el presente momento más allá de las fachadas y calles laberínticas, en la expresión de que estas contienen la confusión de mentalidades complejas, así como la variedad de contradicciones ideológicas, sociales, psicológicas, políticas, religiosas, educativas, estéticas y culturales (Giraldo, 1994, 17-18).

En la novela, la cultura libanesa entra a la bogotana, pasando por un proceso de acoplamiento; en dicho proceso, deja a un lado o vuelve difusas las costumbres y marcas de su cultura para insertar otros elementos de la nueva, incluyendo la lengua como ya hemos visto. Al mismo tiempo, los habitantes de la ciudad en construcción conviven con los libaneses, campesinos y extranjeros que llegan a habitarla; es decir, estamos frente a un proceso de múltiples vías. Todas estas situaciones se dan en la ciudad, en Bogotá, ella es el ser que palpita con los personajes: las cartas llevan su nombre, las remesas van dirigidas a ella, los extranjeros la transforman, los que vienen del campo la desean, así todos terminan siendo parte de su historia:

La ciudad es un juego de la memoria o mejor, es la relación entre la memoria individual de quien conoce la ciudad (y conserva en lo profundo sus imágenes mágicas) y la memoria colectiva que señala hechos, momentos, lugares y sucesos que por uno u otro motivo han sido –y son– parte de toda una sociedad: eso que llamamos Historia, la particularidad del tiempo y los lugares que explica nuestro aquí y nuestro ahora.

También en los juegos de la memoria hay otra vía de entrada: la que pertenece a la propia ciudad. Tanto como nosotros atesoramos ciertas imágenes urbana en nuestros recuerdos, la ciudad en su memoria conserva nuestras acciones, no sólo en los elementos físicos que la constituyen, sino en las relaciones entre las medidas de su espacio y los acontecimientos de su pasado (Pérgolis 18).

Cada habitante de la ciudad influye en ella, la transforma, los extranjeros con sus ideas de progreso, los emigrantes internos con su deseo de poseerla, los locales con sus nuevas necesidades, y de esta forma, casi sin darse cuenta, todos terminan inmersos en

cambios, en nuevas formas de vida, en hibridaciones culturales. Es en este proceso, donde la memoria es facilitadora de los nuevos mapas:

Una memoria se actualiza en el relato; en sus marcas legibles se vuelve a re-crear, permitiendo con ello no sólo su conservación sino su preservación, elaboración y preelaboración. Así se actualiza también la ciudad, en unos procesos de escritura palimpsestica cuyas huellas y registros son el soporte de esas memorias que la constituyen (Montoya, 75).

La memoria es así la que permite una nueva forma de estar en la ciudad que satisface la necesidad de reconocerse en los espacios urbanos o como lo plantea Cristo Figueroa, “la necesidad de reconstruir nuestra cultura urbana para enfrentar el siglo XXI con una nueva concepción del entorno que de veras dignifique la existencia”.

Nos lleva la novela a esa necesidad de conocer el pasado para comprender sus repercusiones en la contemporaneidad y explicar el presente, el pensamiento actual. Conocer el pasado para “reconstruirse”, para perfilar identidad, para proyectarse. Por esta razón después de leer la novela no podremos volver a pasar por los lugares relatados en ella sin hacer un ejercicio de memoria porque son espacios que tienen historia, que están cargados de acontecimientos y experiencias, lo que a su vez los llena de significado. Fayad nos sensibiliza con la ciudad del presente y lo que ella esconde.

El germen de la verdadera ciudad late debajo de tanta modernidad mal expresada y en las ideas de una nueva generación que se va formando con una sensibilidad especial hacia la ciudad (Rancier, párr. 20). En esa generación descansa el destino de nuestras ciudades y nuestra responsabilidad es formarla en el conocimiento de los paradigmas esenciales y trascendentes para que construyan una ciudad donde coexistan todas las memorias (Rancier, párrafo 21).

Ahora, en esa ciudad retratada por los personajes quizá el autor busca dar reconocimiento a la memoria que la habita, teniendo en cuenta que ésta es una construcción colectiva, por tanto subjetiva, que termina representándose a sí misma desde la novela.

En toda ciudad se van superponiendo en estratos los momentos relevantes de su historia, van quedando islas de objetos, resistencias fragmentarias que remiten a globalidades pasadas, imposibles ya de recomponer. Toda ciudad viva tiene como misión servir de

puede el pasado y el futuro, ya no puede existir futuro sin memoria del pasado (Win Wenders). Aquí radican los valores simbólicos de los elementos de la ciudad, ya que simbolizar significa la representación de una ausencia, la expresión de una memoria. Una memoria colectiva que se concreta y expresa en los nombres de los lugares, en los monumentos, en las tipologías arquitectónicas, en los recintos del trabajo, en los espacios públicos, en los ámbitos para la vida comunitaria, en los restos arqueológicos, en las fotografías y documentos antiguos.

Precisamente, una de las misiones clave del arte en la metrópolis ha de ser la de colaborar a desvelar estos vestigios, recuerdos y fuerzas. El mecanismo que nutre las ciudades no es estrictamente racional sino que se apoya en una coherencia dinámica hecha de tensiones, pugnas y pactos entre agentes y operadores heterogéneos (Montaner 176).

La ciudad cotidiana, la que van construyendo los personajes de la novela con sus recorridos, desde que ingresan a Bogotá, es la que se refleja en *La caída de los puntos cardinales*. Primero, la ciudad centro, Bogotá, emerge como algo desconocido, lejano para las familias que llegan desde Beirut:

*El camino escarpado se remansó por fin en la superficie de un enorme valle de límites que no alcanzaba la vista. Era el Mar Verde, como designaban por allí a la sabana [...] Al final de la sabana, arrimada a los cerros, se tendía la ciudad. Sus nuevos barrios ensanchaban el barrio colonial (128); [...] la zona distante y escabrosa de la capital (97).*

Luego, poco a poco además de la percepción y la descripción inicial, la novela empieza a desplegar, como en un álbum, nuevas sensaciones, experiencias y surgen las cotidianidades. La ciudad que recorren los personajes en su vida diaria, en la calle, en los negocios, en las instituciones públicas, en la casa le permite al lector crear un mapa mental de lo que en ella habita, de su espacio y de su tiempo. Entrar en la intimidad de los personajes le permite a Fayad no quedarse en la superficie descriptiva de la ciudad, como diría Luz M. Giraldo, el autor se sirve de esos *seres domésticos*, para recrear la historia de Bogotá. Esos seres forman una familia que es el centro de ese transcurrir de la ciudad, pero es el interior de la familia lo que da significado a la ciudad, la construye, la habita:

Imposible, pues, separar la ciudad de sus ciudadanos. Sus puntos de reconocimiento –tanto en el sentido histórico como en el sentido identitario– no son más que los efectos de significación y de sentido que la vida cotidiana de sus habitantes le dan en su continuo e inagotable relatarla, incluso a veces en contravía de los intereses y los proyectos de aquellos que tienen por función el construirla y el planificarla (Montoya 76).

Las acciones diarias de los personajes nos muestran el ritmo de la ciudad, sus demás habitantes, el orden que se está estableciendo, los cambios no sólo arquitectónicos sino también en las costumbres, las influencias de los inmigrantes, la política y los ecos de la guerra. De lo que se trata es de cargar de significado cada lugar y así lograr que tenga significado para el lector:

La ciudad no es entonces una noción ajena a la historia de sus símbolos. Más que un conglomerado de moles, monumentos y vías, la ciudad es un puñado de recuerdos y de símbolos. Al margen de cualquier consideración exclusivamente arquitectónica, la significación de aquello que denominamos ciudad es algo que le pertenece a la cultura de las ideologías quizás mucho más que a la historia económica, sociológica o política de las ciudades. Pero, por encima de todas estas historias concretas, existe la simbología de lo urbano: de la alcoba, la calle, el bar, la plaza, el patio, la noche, las distancias (Cruz 27).

La vida de los personajes transcurre al mismo tiempo que la “vida” de la ciudad, y viceversa, ambos terminan aportándole al otro e influyendo en sus transformaciones. Sumado a lo anterior, las descripciones de Fayad sobre el centro de la ciudad son casi una fotografía del espacio:

*En la primera esquina, a pocos pasos de la pensión, Hassana y los hermanos Kadalani dieron con la Calle Real y por ella llegaron a la Plaza Bolívar. Antes de ver a Dahmar Abderrahud pasearon por el amplio espacio lleno de pequeños jardines, pilas de agua y la estatua en medio. A los costados se levantaban la Catedral y el Capitolio, la Alcaldía con balcones españoles y el Palacio de Justicia con tejadillos de innovación nacional (126).*

Bogotá surge en la novela en su cotidianidad, es por ello que sabemos que esas calles por las que transitan los personajes ya no tienen el mismo nombre, muchas se han transformado tanto que ya no queda nada de lo que fueron, en la ciudad reina lo

efímero, así que Fayad y sus personajes nos devuelven su proceso, su pasado, no con el objeto de construirlo nuevamente, sino de reconstruirlo, porque como nos recuerda Rancier,

la memoria urbana, entendida como la suma de espacios, edificaciones y experiencias, es la única herramienta que construye la identidad de una ciudad, una ciudad sin memoria es una ciudad que, más que estarse construyendo constantemente se va desconstruyendo y diluyéndose en el tiempo, la Ciudad Genérica que planteaba Koolhaas en el momento del boom económico del sureste asiático, como la ciudad sin identidad, más parecida a un aeropuerto que a un conglomerado de personas y espacios, es sin dudas, una teoría seductora por cuanto cuestiona la manera “política” con que se pretende hacer ciudad en la actualidad, pero sus posibilidades niegan la esencia de la *civitas* y por tanto es una de las ciudades ideales de los nuevos tiempos, o sea una marca en el ciberespacio (párr. 17).

En nuestras ciudades debemos rescatar la memoria sin repetirla, haciendo una ciudad que responda a los nuevos paradigmas sin negar no ya los paradigmas antiguos sino los paradigmas fundamentales (párr. 18).

La ciudad se transforma en muchas ocasiones por influencias del extranjero o por los gustos de las nuevas generaciones, como es el caso de las fachadas de las casas, los restaurantes, los eventos culturales y las lecturas, entre otros. Este proceso ayuda a acentuar las diferencias de clases, los burgueses se consolidan como tal y amplían la brecha entre ellos y las clases menos pudientes. Incluso esto sucede entre los extranjeros: Dahmar ha logrado cierto estatus dentro de la burguesía bogotana mientras que Bayur, su primo, se ha mantenido en la clase media. Este hecho familiar sirve como pretexto para hacernos un mapa de los estratos sociales de Bogotá y de sus cambios, el centro, que inicialmente era la mejor zona, ha pasado a ser un espacio comercial, y los estratos altos se han desplazado más hacia el norte:

El audaz principio de la modernización de las ciudades fue la ruptura del casco antiguo, tanto para ensanchar sus calles como para establecer fáciles comunicaciones con las nuevas áreas edificadas. Pero dentro de ese esquema se introducía una vocación barroca –un barroco burgués– que se manifestaba en la preferencia por los edificios públicos monumentales con una amplia perspectiva, por los monumentos emplazados en lugares destacados y también por una edificación privada suntuosa y de aire señorial. Extensos parques, grandes avenidas, servicios públicos modernos y eficaces debían “asombrar al viajero”, según una reiterada frase de comienzos del siglo XX (Romero 275).

Mientras los Abderrahud se mudan a otro barrio, Bayur continúa viviendo en una vieja casa en el centro:

*Se andaba más rápido, de noche se veían luces de colores en los avisos del comercio y los ruidos que entraban por las ventanas y el rumor y el rebullicio de este lado no se sentían en las casas de los paisanos que se trasladaron al norte. En ambos lados sólo fue común el ruido como de derrumbe que salía de taladros y mazas de hierro que desbarataron el empedrado para tender los rieles del tranvía. En el centro aumentaron los pregoneros de prensa y lotería y se oía música de los bares y de los nuevos almacenes de discos. Al norte del centro era más constante el ensanche de vías y la construcción de viviendas en serie (210).*

En un párrafo conocemos los cambios sufridos por la ciudad en una de sus zonas más importantes, descubrimos el desplazamiento de sus habitantes e intuimos las razones, esta *es la ciudad narrada* que a través de imágenes se va construyendo, se va desplazando. En la actualidad seguimos viviendo los desplazamientos, por otras razones, pero desplazamientos al fin y al cabo, y es inevitable en este momento recordar el llanto de la mamá de un amigo por tener que abandonar la casa donde vivió toda su vida, simplemente porque los bares se tomaron el barrio y el ruido era insoportable; ella se vio obligado a desplazarse a otro lugar de la ciudad con sus recuerdos encima, con su casa encima.

El centro de la ciudad ha cambiado, un nuevo mapa, con otros puntos cardinales, se construye, el punto como centro, alrededor del cual giran los personajes, comienza en la Calle Real y termina expandiéndose: una cuadra más al norte surge un barrio *habitado por familias que podían pagar alquileres o precios de venta altos*, allí se mudaron los Abderrahud; una cuadra más al sur, vivían los Kadalani, en un barrio donde los precios no estaban autorizados a subir. Surge el centro y la periferia, todo comenzó en el centro, pero con el pasar del tiempo se van gestando otros espacios a su alrededor, se hace necesario desmontar lo existente para satisfacer otras necesidades, destruir para construir, olvidar para recordar.

En este proceso de cambios la arquitectura sufre grandes transformaciones, no importa que sea necesario desalojar a la gente, lo importante es hacer parte del desarrollo: *“Las casas coloniales de la carrera octava iban a ser reformadas para recobrar la antigua estética del barrio y el nuevo estado iba a merecer un alza en el alquiler”* (242).

Aparece la situación de las clases menos favorecidas, los allanamientos y desalojos de viviendas, es un retrato de la otra cara de la ciudad, la de los marginados. Con estos desplazamientos aparecen otras formas de habitar la ciudad y la relación con el espacio es diferente:

*La lejanía de los nuevos barrios no lograba aislarlo como a otra gente, ni la sensación de soledad se debía a las distancias. Algunos de sus vecinos tenían esa idea y en ellos estaba fundada. Vivían en uno de esos cuartos y al final pasaban el tiempo solos, cuando no llegaba un pariente o un amigo a visitarlos. A veces los sacaban muertos días después”* (246).

Este espacio cambiante, esta ciudad en constante transición da inicio a esos desplazamientos entre lo interno y lo externo, lo privado y lo público. Entonces hablamos de los usos del espacio: ya no se habla de negocios en la calle, porque para eso están las oficinas. La calle era un lugar de encuentro, las personas se detenían a saludar a otras, a charlar, a concretar negocios o citas, se hacían presentaciones de extranjeros y locales, se tejían relaciones importantes tanto económicas como políticas; el centro, más específicamente, la Plaza Bolívar, como lugar de encuentro.

Pero luego las calles de la ciudad empiezan a cambiar, se han levantado los adoquines, los caballos están siendo desplazados por los automóviles; se habla de progreso en las calles, y de la modernización de las empresas. *“Ya no habría que preocuparse del pasto sino de la gasolina”* (186). Esa ciudad de a pie pasa a ser la ciudad del automóvil, el cual da estatus a quien lo posee, ya no se está al mismo nivel. *“La ciudad se llena de incongruencias. Los espacios, antes dispuestos para el paseante, son cada día transformados en una pista para vehículos. Las edificaciones quieren ser diferentes cada una, convertirse en una declaración de principios, unos principios que, la mayoría de las veces son verdaderos finales* (Rancier, párrafo 6):

El número cambió la manera de moverse dentro de la ciudad. Las estrechas calles del casco viejo resultaron insuficientes para la creciente concentración de personas. ¿Cómo detenerse a conversar con un amigo en el centro financiero de la ciudad? Hasta las calles tradicionales de paseo [...] empezaron, más tarde o más temprano, a ponerse nerviosas. Poco a poco se descubría que nadie conocía nadie (Romero 349).

La vida nocturna de la ciudad se hace presente, hay alumbrado público y tiendas en las esquinas, pero con ello llegan también los atracos, el aumento de la pobreza y una lucha de poderes políticos cada vez más fuerte. En la ciudad se vive una nueva lucha, más urbana e intelectual, que la primera, rural, campesina y lejana al centro del país: una nueva forma de pensar está surgiendo:

*Después del incendio se alzaron más altas las fachadas y los cambios de la revuelta se manifestaron más ahí que en el interior. En las afueras de las ciudades, todavía a cierta distancia, aumentó el número de rebeldes, y adentro se habló de nuevos disparos (316).*

Con todos estos cambios surge uno muy importante, el desplazamiento de la calle a la casa. Conocer a los personajes en las calles nos da una visión de ellos como sociedad, entrar en la intimidad de sus casas nos permite husmear en sus pensamientos, en sus costumbres, somos espectadores de sus vidas y en esa medida, cargamos de significado a la ciudad que los contiene. Es así como nos damos cuenta de que Hassana sigue envidiando a Yanira, que Vicenta se encuentra con el sargento, que Muhamed vive con una prostituta, que el señor Contreras pretende a Paulinita después de asesinar a su marido. Intimidades dentro de la gran urbe. La casa es ahora el lugar de encuentro, el centro, por ello es necesario buscar una más amplia, la familia crece y los amigos también. Las viejas y las nuevas generaciones se encontrarán en ella, y en ella se encerrará toda la historia: la de la familia y la de la ciudad:

La casa es uno de los mayores poderes de integración para los pensamientos, los recuerdos y los sueños del hombre. En esa integración, el principio unificador es el ensueño. El pasado, el presente y el porvenir dan a la casa dinamismos diferentes, dinamismos que interfieren con frecuencia, a veces oponiéndose, a veces excitándose mutuamente. La casa en la vida del hombre suplanta contingencias, multiplica consejos de continuidad. Sin ella, el hombre sería un ser disperso (Bachelard 36-37).

La nueva casa es una especie de paraíso que proporcionará tranquilidad a la familia, al igual que las plantas sembradas, la familia Abderrahud junto con sus paisanos echarán en ella las raíces que hacen falta para apropiarse de ese territorio físico y mental que es Bogotá. Recordemos que el padre de Dahmar vendió la casa de El Líbano, ese espacio se desdibujó hace mucho tiempo:

*Los tejados en el nuevo sector se elevaban inclinados, más altos que en los modelos viejos, cubiertos con hileras de teja francesa, adecuados para que rodara una nieve que aquí nunca caía. Formaban una buhardilla de vigas descubiertas iluminada por una ventana de un batiente y por un ventolín [...] en la planta alta de la casa había cinco dormitorios y un baño completo, y en la de abajo dos espaciosos salones divididos por un arco con puerta de vidrieras. Al lado opuesto quedaba el garaje y, de camino al fondo, el despacho, el cuarto escobero y la cocina [...] Vicenta disfrutó en el nuevo barrio con las madreselvas que crecían en los antejardines y escalaban tupidas el ladrillo rojo [...] En el solar, después de la puerta del sótano y de la habitación de Vicente, quedaban el lavadero y el tendedero de ropa. Ella plantó las matas de la antigua casa en un espacio de tierra, sembró al lado hierbabuena y cilantro y le sugirió a Yanira comprar el retoño de un pino para transplantarlo en medio [...] En vez del retoño de un pino creció en medio del solar la planta que eligió un botánico conocido de Dahmar [...] era monocotiledónea (196-197).*

Toda esta descripción está hecha entrelíneas, mientras tanto, nos enteramos de los regalos que han llevado los invitados, de los quehaceres de Vicenta y de su sobrina para tener todo listo para la fiesta, y de paso sobre la humedad que bajaba de los cerros y que tenía preocupado a Bayur; todo se asemeja a los comentarios que hacen las personas en una fiesta, la multiplicidad de voces, la simultaneidad de tiempos y espacios: aparecen todos los amigos y allegados de la familia, los del Líbano y los nuevos, hay una conversación telefónica, suena la radio, se escucha el gramófono. Es un hermoso cuadro este apartado de la novela, vemos la arquitectura, sentimos y casi observamos a los personajes, husmeamos en una casa tranquila en Bogotá, en la que habita una familia adinerada, cuyos hijos estudian piano y van a los mejores colegios de la ciudad. Estamos ante *la intimidad de la casa*.

No obstante, no puedes habitar lo nuevo sin traer contigo algo de lo viejo, no puedes construir tu presente sin traer algo de tu pasado. Lo viejo y lo nuevo se encuentran para formar una sola vida, una sola identidad: *“Los muebles, los viejos y los nuevos, viajaron a la nueva casa de Dahmar Abderrahud y Yanira en el carromato a motor del señor Contreras, recién puesto a su servicio, y en una de sus carretas, que efectuaba el último viaje”* (195).

Los procesos se han consolidado, después de más de quince años de su llegada al país, y con todos sus hijos nacidos aquí, no hay duda que pertenecen a esta tierra, en consecuencia, para celebrar la mudanza a la nueva casa, así como el cumpleaños del hijo mayor, se toca y escucha música colombiana: *“un conjunto de triples y guitarras tocó bambucos, pasillos y contradanzas. La hija de los Abderrahud interpretó una pieza al piano como homenaje al aniversario de su hermano y como demostración de sus lecciones”* (195). La casa es como un cofre, al abrirlo encuentras en él objetos que te llevan al pasado, otros que hacen parte de tu presente, y algunos que te harán vislumbrar un futuro:

En el cofrecillo se encuentran las cosas inolvidables, inolvidables para nosotros y también para aquellos a quienes legaremos nuestros tesoros. El pasado, el presente y un porvenir se hallan condensados allí. Y así, el cofrecillo es la memoria de lo inmemorial (Bachelard 119).

Es en esta casa, en este cofre, donde será enterrado Dahmar y con este hecho las raíces de la familia ya no podrán ser olvidadas. La historia de los libaneses ya hace parte de la ciudad. La casa lo acoge, a él y a su historia: el pasado, con su arribo a la ciudad; el presente, con el encuentro de Yanira y Muhamed; el futuro, con las vivencias de las generaciones venideras. Ha transcurrido un año de la muerte de Dahmar, y Fayad cierra el círculo de manera exquisita. Todos los tiempos, todas las generaciones, todos los espacios se encuentran para que nosotros, lectores y habitantes de Bogotá, nos condensemos en ella y seamos memoria.

*Yanira se había quedado pensativa. Recordaba que al nacer su primer hijo sintió que por fin tenía algo de aquí y ahora con Dahmar enterrado cerca de su casa ya no podía ser de otro lugar. Muhamed repuso que en ese último año había sentido lo mismo. [...] No se oyó nada más en ningún lado*

*ni en la sala y al cabo del intervalo, sin ningún aviso, Yanira se incorporó despaciosamente. Muhamed continuó en su poltrona y levantó la mirada.*

*– Deberías acompañarme al cuarto –le dijo ella. Él estaba esperando oírlo desde que se quedaron solos. Yanira aguardó a que se pusiera de pie y se le adelantó en el camino. Muhamed la siguió y fue detrás de ella por las escaleras. Cuando llegaron arriba ella cruzó la puerta y él aminoró el paso y se detuvo. Esperó a que ella encendiera la lámpara de la mesita de noche, y dejó pasar un momento antes de entrar. Las cortinas estaban corridas desde el atardecer. Yanira se volvió y le pidió a Muhamed que cerrara la puerta. Él observó que el orden de los muebles no era el de hacía un año y aparte del arreglo no descubrió nada nuevo. Creyó notar un aroma diferente. Yanira deshizo una punta de la colcha y una de la manta y empezó a desvestirse. La iluminación de la lámpara continuó toda la noche. El silencio se regó tejido en el aire. **No hubo nada que decirse**, ni para llamarse por sus nombres, ni para celebrar el encuentro. Fluyó la sensación de que si nunca se adelantaron para estar en ese momento, tampoco llegaron tarde a él (322).*

Este encuentro es el fin de esa espera que estuvo latente en toda la novela. Es el final de una generación, de una historia, es el arraigamiento. La puerta se cierra para nosotros, al igual que el libro, pero la memoria nos estremece, al igual que el vértigo, Bogotá será entonces *un recuerdo que nos persigue* (recordando a José Luis Garcés).

### 3.3 CONCIENCIA DEL LENGUAJE

En el *tercer factor*, señalado por Luz Mery Giraldo, *conciencia del lenguaje como estructura*, aparece el poder de sugerir lo que no se dice explícitamente; captar una imagen especial: la luz, las texturas, los contrastes, los colores, la atmósfera interior; los silencios y las miradas que dicen más que un diálogo; el lenguaje preciso y austero; el juego con el tiempo. Las historias quedan suspendidas para enlazar otras haciendo que las historias de los personajes se intercalen:

El nuevo escritor aprovecha, en su aventura creativa, el espacio citadino y la historia como patrimonio de reflexión, en cohesión con el artificio verbal, bien en las rupturas

argumentales, en la disolución del discurso lineal, en la transgresión del tiempo, en los juegos lexicográficos, etc., anteriormente desarrollados por las vanguardias y por los autores del «boom». Pero su actitud, en términos generales, es diferente: se trata de desmontar unos modelos y expresar otras condiciones de vida, que en muchos autores tendría que ver con la llamada posmodernidad (Giraldo, 1994, 19).

En Fayad, la conciencia del lenguaje está dada principalmente por los saltos en el tiempo, que le permiten jugar con los personajes y con los espacios, Bogotá y El Líbano convergen en un mismo tiempo, el de la novela, el de la ciudad cotidiana, el de su presente. Las historias se jalonan entre sí, ya sea para ir al pasado, a un presente simultáneo o para conocer el futuro, gracias al uso de analepsis, prolepsis e intertextos. A este recurso lo llama J. Eduardo Jaramillo-Zuluaga, “modificación de las perspectivas narrativas (focalizadores), de tal forma que si la narración se ocupa de un personaje en una situación determinada y en esta situación interviene un segundo personaje, la narración se ocupa de éste y abandona a aquél” (Décadas 54).

El tiempo se convierte en un tema de reflexión dentro de la novela, el autor juega con él, y con nosotros, hasta que termina arrastrándonos a esa dimensión en la que todo es posible, lo que hace totalmente innecesaria la utilización de fechas (como vimos en el punto 3.1) para ubicar al lector en una temporalidad ficticia. El tiempo son las transformaciones que sufre la ciudad, las travesías de los personajes, las generaciones que surgen, el vaivén del barco, las vivencias de una familia. El tiempo es más sutil, más permisivo, se menciona por los bordes, nos olvidamos de él y logramos así conocer casi 60 años de historia de Bogotá, de El Líbano, de nosotros mismos.

La ciudad potencia el tiempo, lo condensa, al igual que la novela, un presente que es pasado, un pasado que es presente, y un futuro que es presente, que se actualiza. Como dice Bachelard: “El espacio conserva tiempo comprimido. El espacio sirve para eso” (38). Esta situación nos lleva a pensar en que la ciudad se habita en la medida en que se ocupan el espacio y el tiempo, y en cómo confluyen en ella el pasado, el presente y el futuro. *La caída de los puntos cardinales*, entonces, es presente: porque nos revela el pasado de una ciudad, de una familia, que es su presente ¿Y el futuro? El futuro, como dice Jalil, *no existe, mi presente son los rieles que se levantarán mañana, los inmigrantes que llegarán en unos días*.

Todo este entramado del tiempo es parte esencial de la novela, y entre todos los ejemplos que podemos citar hay uno en particular que aparece al final de la novela que es interesante por el poder de evocar en una página dos noticias paralelas, una local y otra internacional. Se intercalan dos historias: la del sargento amigo de Vicenta, y la del hijo de Lindberg. Dos historias importantes para quienes las viven, que suceden en espacios distintos, países lejanos, pero a un *mismo tiempo*. Cada una tiene su final, también intercalado, en tres líneas fulminantes: “*El sargento Robledo fue absuelto por haber obrado en un momento de ira e intenso dolor, y el hijo de Lindberg apareció muerto sin signos que esclarecieran la retención y el crimen* (288).

Las disertaciones sobre el tiempo, en boca de los personajes, es magistral, de entrada no nos percatamos de la importancia de la conversación entre Jalil y su hermano, sólo después de un rato el lector se sorprende pensando en ello. Fayad logra reflexionar sobre este tema dentro de la novela:

*Mi futuro es lo que estoy haciendo en este momento, por eso no quiero pensar en la nueva casa. Se me convierte en presente y me quita tiempo.*

*– Con tal de que lo pienses, yo te doy el tiempo que necesites.*

*– ¿Y quién te devuelve a ti el que nos hace falta? –dijo Jalil–. Al final es un esfuerzo desperdiciado. El futuro ya está hecho. Si yo sé que en dos meses llega el barco a la costa y en tres recibimos la carga en sus cajas, eso es presente.*

*– Pero tienes que esperarlo porque viene de más adelante.*

*– Pero ya está hecho, lo conozco y no tengo nada que esperar. Esas diligencias futuras se me meten en el presente y me impiden atender las del presente.*

*– Será que el futuro hace al presente –dijo Hichán. [...] –No se te olvide que la cita con Dahmar y Muhamed no es mañana sino pasado mañana.*

*–Cierto, ahora tengo dos días más en el presente. Mañana, que sé que no hay encuentro, y pasado mañana, que sé que es el encuentro.*

*Las aceras de la Calle Real juntaron durante esos dos días a los hermanos Kadalani con Dahmar y Muhamed, y en compañía fueron a la Notaría a autenticar documentos (147).*

El juego con el tiempo en esta escena es fenomenal, dos días se convierten en un día presente. Aquel futuro del que habla Jalil se hace presente en el fragmento, las calles de la ciudad son el punto de encuentro, son el espacio en que el tiempo se condensa a sí mismo en pasado, presente, futuro. El pasado de la conversación, en tanto que ya sucedió; el presente de la misma, en la medida en que se actualiza con la lectura, sucede en ese preciso instante; y el futuro, porque termina sucediendo lo que se tenía previsto para dentro de dos días.

Otro ejemplo está dado por la mención al avance tecnológico, los personajes ven en el futuro la perfección de los globos dirigibles, la invención de nuevos teléfonos y un salto en la telegrafía sin hilos; todo pensando en el mejoramiento de las comunicaciones entre países. Dichos avances para nosotros, como lectores, son parte del pasado.

Esta relación atraviesa toda la novela, el pasado en El Líbano es el presente en Bogotá, se cruza una calle y ya estamos en Bogotá, pasamos una hoja y han transcurrido cinco años, en dos páginas el lector ve pasar 10 años... y así Fayad nos va llevando, sin darnos cuenta, por esa otra forma de pensar, de percibir el tiempo, de hacer memoria, pero exigiendo, sin duda, de un lector activo, cómplice, dispuesto a reflexionar con los personajes. Al final, todo esto hace parte de una preocupación personal del autor, quien nos ha contagiado de sus incertidumbres<sup>12</sup>:

El hombre siempre ha sufrido mucho con el pensamiento del tiempo y el espacio, pero cuando yo estaba escribiendo la novela se me asentó este pensamiento. El viaje en aquel entonces era el viaje para toda la vida. Entonces, cómo regresar en el tiempo y cómo ocupar el nuevo espacio. Esta es una preocupación, un divertimento de la mente que se me amplió, se me agrandó (Lorente Parte 4, pregunta 2).

En el siguiente fragmento encontramos los tres factores expuestos, donde el narrador intercala las historias de los personajes –en este caso lo que cuenta el sargento y lo que cuenta Vicenta–, y la vida de los libaneses con la situación social del país; la mirada desde los personajes pequeños, sus historias y sus vidas transcurren a través de la de otros:

---

<sup>12</sup> Adicionalmente, existe otro elemento en la novela que mantiene vigente esta relación, el número tres, que simboliza el pasado, el presente y el futuro. Tres partes, de 18 capítulos cada una, en un equilibrio perfecto que retoma una y otra vez esa simetría de la novela, de los personajes, de los diálogos.

*El sargento Robledo se quejaba del aumento de horas en su servicio y Vicenta le hablaba de los Abderrahud y sus paisanos. Por temporadas, decía él, las patrullas eran menos en la ciudad pues las sacaban a otras ciudades y pueblos. Además del paro de choferes que tenían aquí mismo y de la huelga de navieros, que necesitaban de vigilancia, los habitantes de Bucaramanga habían invadido la Asamblea Departamental. Vicenta le contó que la niña ya no tomaba clases de piano, que no tenían quejas de ella en el colegio y que el hermano mayor iba a terminar su bachillerato con una nota aclamada. El hermano no mostraba ganas de matricularse en la universidad y se inclinaba por las empresas de su padre. A la vez un destacamento fue enviado de refuerzo a La Guajira, donde se agravaba la rebelión de las tribus, y otro contra los indios motilones que pedían la devolución de las tierras que les invadieron las petroleras. Los cambios se notaban en que los domingos pasaban más visitas por la casa. Desde que Jalil Kadalani y la viuda se casaron y se trasladaron al barrio, venían a verlos por la mañana con Hichán y Hassana y algunas tardes iban con ellos a carreras de caballos. En Armenia tuvieron que doblar el número de la tropa por la huelga en la Compañía Cafetera y crecía el temor en la zona bananera: la United Fruit Company no arreglaba con sus miles de braceros el pago regular de salarios y con la artificiosa previsión de un asalto pidió custodiar las instalaciones. Se pretendía declarar una huelga general y en su contra llegaron hileras de batallones, dominaron la zona, y oyendo la consigna que calificaba a los huelguistas de malhechores, causaron cantidades enormes de muertos. Vicenta dijo que ella atendía con gusto a los que llegaban a la casa pero hablaba más de Muhamed. El sargento Robledo sintió curiosidad por conocerlo y se quejó del aumento en las horas de guardia (284-285).*

## COLOFÓN: AL FINAL SIEMPRE MEMORIA

*Los personajes se revelan como universos complejos  
y particulares, inmersos en universos mayores  
a los cuales se ven abocados y enfrentados  
Julio Contreras*

Al final de la novela, Dahmar siente que ha perdido una guerra, está intranquilo e insatisfecho porque sus empresas no dejarán huella; ya no sale de su cuarto ni de su cama, vuelve esa grieta de la que hablamos. Al acercarse su muerte esa desazón que le asaltó en varios momentos regresa, y de nuevo se enfrenta con sus recuerdos, el pasado, y su presente, la familia y las generaciones por venir:

*Al día siguiente no se levantó ni abrió los ojos. El médico dijo que parecía haber entrado en estado de coma y aconsejó una conferencia de colegas. El hijo y la hija vinieron a la llamada de Yanira, subieron al cuarto, se acercaron a la cama y sin demorarse bajaron de nuevo. No pudieron localizar a Muhamed y a su llegada le advirtieron cómo iba a encontrar a Dahmar. Pero al acercarse a él, Muhamed le vio un leve movimiento y esperando otro, sin dejar de contemplarlo, se sentó a su lado. Creyó percibir que quería levantar una mano y él mismo se la tomó. Los ojos de Dahmar continuaron cerrados pero su expresión cambió. A Muhamed le pareció que había hecho un esfuerzo por esperarlo antes de morir, para saludarlo y para nada más. De haber empezado a hablar no hubieran tenido fin. No era necesario que Dahmar recordara a Yanira ni dijera su alegría por saber que no la dejaba sola. Lo mismo diría Muhamed. Él vio a Dahmar más sereno que nunca. Dahmar conservó esa expresión unas horas más, hasta la noche. Muhamed estaba en ese momento con él y lo sintió que dejaba de respirar. Le acarició las manos y permaneció otro rato al lado de la cama (318).*

El silencio entre ambos amigos ha sido una constante en la novela, nunca fue necesario decirse cosas, de antemano las sabían. Los une el vínculo con el Líbano y sus experiencias desde jóvenes. Los une el pasado, el presente y Yanira, quien ahora será futuro. *Los puntos cardinales han caído*, otros han tomado su lugar en el nuevo mapa,

Bogotá ya no será la misma, y la heterogeneidad cultural la habita hasta hoy. Luis Fayad nos reencontró con nuestra memoria, que es la memoria de todos los que habitamos un lugar en el mundo.

## CONCLUSIÓN (O DISERTACIONES)

*La ciudad irá en ti siempre*

*Cavafis (La ciudad)*

Realizar un ejercicio de hermenéutica implica no sólo conocer y aplicar conceptos y teorías literarias, sino entrar en contacto con la obra, escucharla, habitarla y dejar que nos cuente y nos sacuda. El gran ejercicio radica en cómo movernos en ambos lugares para no caer en un análisis científico ni en un análisis visceral.

Luis Fayad hace parte de un grupo de escritores colombianos que *se alejaron del boom* para crear una nueva escritura, el autor indaga y expone la ciudad como un espacio de encuentros y mapas, *el lugar donde todos los caminos se cruzan* (Giraldo), y a partir de allí crean y recrean la vida de sus habitantes. Fayad, y otros escritores colombianos como Fernando Iriarte con *Nazim. Muerto, vendido y desaparecido para siempre* (2005), Juan Gabriel Vásquez con *Los informantes* (2005) y Azriel Bibliowicz con *El rumor de ascatrán* (1991), por mencionar sólo algunos, a través de su literatura narran ciudades habitadas por la memoria (o el olvido que es una forma de memoria), por los desplazamientos y exilios tanto internos como externos (de otros países hacia Colombia, de regiones rurales del país hacia las capitales), y por las hibridaciones culturales. En estos ejercicios literarios, aunque todos los escritores toman líneas diferentes o profundizan más en unas temáticas que en otras, sin duda la necesidad de contarse y narrar la ciudad como un espacio complejo habitado por la memoria es la marca que los identifica<sup>13</sup>.

*La caída de los puntos cardinales* es memoria colectiva<sup>14</sup>, porque no sólo es la historia de su autor y sus ancestros, sino la de cientos de bogotanos y de la ciudad misma, rescatada de lo oral y de otras memorias colectivas para comprender la ciudad que habitamos, esas huellas que marcan el camino de la novela nos abren un nuevo mapa, construido con experiencias de personajes anónimos, los puntos cardinales caen, se borran para dar paso a unos nuevos.

---

<sup>13</sup> Luz Mary Giraldo en su libro *En otro lugar. Migraciones y desplazamientos en la narrativa colombiana contemporánea* (2008), explora en profundidad lo escritores y narrativas colombianas que exponen estos temas.

<sup>14</sup> Escuché en una película que los libros son nuestra memoria colectiva.

La hibridez de la que hablamos, está marcada por un proceso de reacomodamiento y de memoria “si bien lo propio tiene su presencia y contribuye a esa dinámica de la vida cotidiana, lo adquirido contribuye a esa necesidad de estar en relación, aunque existan momentos en los que hablar la propia lengua y reunirse con los de la misma cultura constituya una forma de regreso al origen cada vez más lejano” (Giraldo, 2008, 129). Y es precisamente en ese ejercicio en el que surge una nueva cultura que se construye con el pasado (ya lejano) y el presente (que marca el futuro): los libaneses buscan la manera de integrarse a la nueva cultura que habitan, y los colombianos, unos desplazados del campo y otros, entrando al modernismo, deben integrarse a la ciudad.

El reacomodamiento no es un proceso sencillo y tal vez, no llegue a lograrse del todo, es así como algunos personajes de la novela enfrentan diferentes crisis relacionadas con la identidad, esa fractura entre el ser que fue (pasado) y el que ser que es (presente) siempre está presente: “estar de paso es [...] experimentar un profundo sentimiento de pérdida del hogar y de la patria y vivir en constante conflicto frente a la identidad” (27).

La ciudad se reconstruye constantemente, cada calle, cada estructura está habitada por la memoria, no sólo la de sus habitantes o transeúntes, sino la memoria de todos los que la visitan y piensan. La literatura, en este caso *La caída de los puntos cardinales*, es la memoria de medio siglo que transcurre en Bogotá, en El Líbano, en Colombia. Es esta literatura la que nos permite conocer la ciudad, entender sus símbolos, rastrear su pasado, visitarla, en ella “el transeúnte es y ha sido su habitante, bien desde la realidad objetiva, desde la del autor que invita a recorrerla dependiendo de sus imaginarios o desde la del lector que virtualmente la visita” (Giraldo, 2008, xix).

“La ciudad reclama y afirma una forma de expresión y de escritura”, nos dice Giraldo, y sin duda, *La caída de los puntos cardinales* da cuenta de esas ciudades tan cercanas para el autor que sólo a través de la escritura mediada por la memoria (como forma de entender y habitar el presente) logra ser reconstruida, y no como una verdad o una realidad única, sino como una pieza o un punto cardinal más en ese gran espectro de novelas de ciudad. “El inmigrante se aleja de sus raíces y las echa de menos en su memoria y en su nostalgia, las compara y las relaciona, las olvida y las recupera.” (Giraldo, 2008, 159).

## BIBLIOGRAFÍA

### FUENTES CRÍTICA SOBRE EL AUTOR

Arévalo, Guillermo Alberto. “Luis Fayad, narrador de lo contemporáneo”. La novela colombiana ante la crítica 1975-1990. Bogotá: CEJA, 1994.

Cano, Ricardo y otros. “La novela colombiana después de García Márquez”. Manual de literatura colombiana. Tomo II. Bogotá: Editorial Planeta, 1988.

Contreras, Julio. “Luis Fayad, la literatura como un acto íntimo y solitario”. Fin de siglo: narrativa colombiana. Bogotá: CEJA, 1995.

Figuroa, Cristo. “Representaciones literarias de Bogotá (narrativa de Luis Fayad) y de Cartagena (narrativa de Roberto Burgos)”. Universitas Humanística. N. 57 Año 30 (2004): 97-115.

\_\_\_\_. “La obra narrativa de Luis Fayad: espacios urbanos en conflicto”. Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo XX. Vol. II. Bogotá: Ministerio de cultura, 2000.

Herrera, Marcos Fabián. *Entrevista a Luis Fayad*. Realidad Literaria. Ab. de 2008.  
<<http://www.realidadlitera.net/8paginaIV-11a.htm>>.

Kline, Carmenza. “Bogotá: lectura desde Los parientes de Ester de Luis Fayad”. Cuadernos de Literatura. 7.13-14. (2001): 66-77.

Sangsunk, Kim. “Los parientes de Ester: una visión crítica de la realidad urbana”. Tesis de Maestría. Pontificia Universidad Javeriana, 1997.

### FUENTES DEL MARCO TEÓRICO Y DE REFERENCIA

Bachelard, Gastón. La poética del espacio. Bogotá: Fondo de cultura económica, 2000.

- Berenzon Gora, Boris. “La escritura de la historia de las ciudades y el inconsciente ciudadano”. Cuadernos digitales: publicación electrónica en Historia, archivística y estudios sociales 4 (2000).  
<<http://www.ts.ucr.ac.cr/~historia/cuadernos/c4-his.htm>>.
- Burgos, Fernando. La novela moderna hispanoamericana. España: Edición Orígenes, 1985.
- Chang-Rodríguez, Raquel (Ed.). La historia en la literatura iberoamericana. Memorias del XXVI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. The City Collage of The City University of New York: Ediciones del Norte, 1989.
- Cirlot, Juan Eduardo. Diccionario de símbolos. Madrid: Siruela, 2006.
- Giraldo, Luz Mery. “De cómo dar muerte al patriarca”. La novela colombiana ante la crítica 1975-1990. Bogotá: CEJA, 1994.
- \_\_\_\_\_. Ciudades escritas. Literatura y ciudad en la narrativa colombiana contemporánea. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2001.
- \_\_\_\_\_. En otro lugar. Migraciones y desplazamientos en la narrativa colombiana contemporánea. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2008.
- \_\_\_\_\_. Más allá de Macondo. Tradición y rupturas literarias. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2006.
- \_\_\_\_\_. “Inmigrantes, desplazados y exiliados en la literatura colombiana”. Amérique Latine Histoire et Mémoire. N. 3 (2001) 24 avril 2007.  
<<http://alhim.revues.org/document540.html>>.
- Cruz Kronfly, Fernando. “Las ciudades literarias”. Pensar la ciudad. Bogotá: TM Editores, 1996.
- \_\_\_\_\_. “De la alcoba a la plaza: los lugares del hombre”. La ciudad en la literatura. Encuentro. Bogotá: Editora Guadalupe Ltda., 1986.
- Garcés González, José Luis. “San Jerónimo de los Charcos: ese recuerdo que me persigue”. La ciudad en la literatura. Encuentro. Bogotá: Editora Guadalupe Ltda., 1986.

- Jaramillo Escobar, Jaime. “El pipiripao y el gran turmequé”. La ciudad en la literatura. Encuentro. Bogotá: Editora Guadalupe Ltda., 1986.
- Jaramillo Zuluaga, Eduardo. “Dos décadas de novela colombiana: los años 70 y 80”. La novela colombiana ante la crítica 1975-1990. Bogotá: CEJA, 1994.
- Junieles, John J. *La ciudad serpiente: pieles y mudanzas*. [Ponencia Encuentro Nacional de Literatura sobre Narrativa Urbana – Ciudad de Manizales, Colombia 2002]. Espéculo. Revista de estudios literarios. N. 30 (2005). Universidad Complutense de Madrid. <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero30/ciudadse.html>>.
- Lorente, Alejandro. *La madeja desenvuelta. Conversación con Luis Fayad*. Jun. de 2007. <<http://www.alejandrolorente.com/html/entrevista1.htm>>.
- Mercado Romero, Jairo. “La ciudad en la literatura colombiana”. La ciudad en la literatura. Encuentro. Bogotá: Editora Guadalupe Ltda., 1986.
- Mohillo, Silvia. “Recuerdo, historia, ficción”. La historia en la literatura iberoamericana. Ed. Raquel Chang-Rodríguez. The City Collage of The City University of New York: Ediciones del Norte, 1989. 253-257.
- Montaner, Josep María. “El lugar metropolitano del arte”. La modernidad superada. Arquitectura, arte y pensamiento del siglo XX. Barcelona: Ed. Gustavo Gili S.A., 1997.
- Montoya, Jairo. “Entre un desorden de lo real y un nuevo orden de lo imaginario: la ciudad como conflicto de memorias”. Pensar la ciudad. Bogotá: TM Editores, 1996.
- Mojica de, Sarah. “Narrativa hispanoamericana y ciudad”. Cuadernos de Literatura. 2.4 (1996): 7-15.
- Mumford, Lewis. La cultura de las ciudades. Buenos Aires: Emecé editores, 1957.

Naranjo, Jorge Alberto. "La novela de Mario Arrubla: la infancia legendaria de Ramiro Cruz". La ciudad en la literatura. Encuentro. Bogotá: Editora Guadalupe Ltda., 1986.

Nweihed G., Kaldone. "La emigración de sirios, libaneses y palestinos a Venezuela, Colombia y Ecuador: Balance cultural de una relación sostenida durante 110 años". El mundo árabe y América Latina. Coe. Raymundo Kabchi. Madrid: Ediciones Unesco, 1997.

Palmer, Richard. ¿Qué es la hermenéutica? Teoría de la interpretación en Schleiermacher, Dilthey, Heidegger y Gadamer. Trad. Beatriz Domínguez Parra. Madrid: Arco/Libros, 2002.

Pineda Botero, Álvaro. Del mito a la posmodernidad. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1990.

Pérgolis, Juan Carlos. Las otras ciudades. Bogotá: Editorial Universidad Nacional, 1995.

Ramírez, Liliana. Entre fronteras: latinoamericanos y literaturas. Balún Canán, Dreaming in Cuban y Chambacú. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2006.

Rancier, Omar. "La ciudad en la memoria". Letras dominicanas. 10 ab. 2007.  
<<http://www.cielonaranja.com/rancierciudadmemoria.htm>>.

Ravinovich, Silvana. "Lectura y subjetividad: actos de memoria". Memoria y ciudadanía. Edit. Ileana Rodríguez y Mónica Szurmuk. Chile: Editorial Cuarto Propio, 2008.

Richard, Nelly. "Historia, memoria y actualidad: reescrituras, sobreimpresiones".

Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina. El desafío de los estudios culturales. Edit. Mabel Moraña. Internacional Institute of Ibero-American Literature. Chile: Editorial Cuarto Propio, 2000.

Romero, José Luis. Latinoamérica: las ciudades y las ideas. México: Siglo XXI Editores, 1984.

Saldarriaga, Alberto. La arquitectura como experiencia. Bogotá: Villegas, 2002.

Samamé B., María Olga. “Transculturación, identidad y alteridad en novelas de la inmigración árabe hacia Chile”. Revista Signos Online. 36.53 (2003): 51-73.

Sarlo, Beatriz. Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión. México: Siglo XXI Editores, 2006.

Sobrevilla, David. “Transculturación y heterogeneidad: avatares de dos categorías literarias en América Latina”. Revista de crítica literaria latinoamericana. XXVII. 54 (2001): 21-33.

Soca, Ricardo. *La fascinante historia de las palabras.* <<http://www.elcastellano.org>>

Zeiger, Claudio. “Entre la ciudad real y la ciudad mental”. Ciudad y literatura. III Encuentro de nuevos narradores de América Latina y España. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2004.

Sztulwark, Pablo. “CIUDADMEMORIA. Monumento, lugar y situación urbana”. La Biblioteca 1 (2005). 10 ab. 2007.  
<<http://www.labiblioteca.edu.ar/Numero%201/escritores%201/25.Sztulwark,%20Pablo.htm>>